# Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo XIII

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Historia/Flede

1952

348 + [XXXI] p.

**Ilustraciones** 

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 3)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de noviembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital

/libros/archivo/diaz13.html



DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



### APENDICE

### GENESIS DE LA REVOLUCION DE TUXTEPEC EN EL ESTADO DE PUEBLA

### Apuntes, Memorias y Recuerdos

Cuando lanzo una mirada retrospectiva hacia aquellos tiempos en que la República, como el paralítico de la leyenda cristiana después de haberse arrastrado penosamente dos tercios de siglo, al mágico conjuro de la potente voz de Porfirio Díaz "el hombre extraordinario", se levantó arrogante y viril, para entrar de lleno en la senda de la paz y del progreso; cuando mi vista fatigada recorre el campo gris de los recuerdos y ve en él cadáveres de amigos y de mártires ignorados que generosamente se sacrificaron para comprar el tesoro de la paz que hoy disfrutamos; cuando por fin comparo las angustias, las privaciones, los días sin pan y las noches sin almohada, de ese ayer tempestuoso, con la tranquila serenidad, los inefables goces de la familia y las múltiples satisfacciones con que nos brinda esta pacífica alborada del siglo veinte, siento una dulce cuanto secreta emoción que embarga mi alma, que hace temblar la pluma con que escribo y que me obliga a bendecir al "Caudillo de la Paz" y a los que con él laboraron, para lograr que México alcanzara el honrosisimo puesto que hoy tiene entre los pueblos más cultos de la tierra.

Quiso mi buena suerte, que en aquella época de transición definitiva para el país, amigo como fui, leal, incondicional y sincero del señor general don Porfirio Díaz y como lo seré, mientras aliente, de ese prohombre que ha merecido justas loas de León Tolstoi en Europa, de Krüger en Africa, del actual Mikado en Japón (Asia) y de Teodoro Roosevelt, el gran expresidente de los Estados Unidos de América, quiso mi buena suerte, repito, que la mirada del señor Díaz, que ton bien distingue a los reptiles de las águilas, se fijase en mi confesada insignificancia, no para resolver planes de batalla ni arduos problemas políticos, sino para servirle con la lealtad de que me enorgullezco y glorío, en comisiones que requerían un verdadero amor al caudillo y una fe inquebrantable en la bondad y en la nobleza de su causa.

Por eso fui testigo presencial de todo lo que relataré en estos mis mal pergefiados "Apuntes, Memorias y Recuerdos", y si la flaqueza especial de la memoria humana me hubiere hecho olvidar algún suceso culminante, la buena disposición y la reconocida bizarría de los generales don Mucio Martínez y Juan Hernández, brigadier Ramón Ricoy, brigadier Higinio Aguilar, coronel Guadalupe Tlapale,

\* En general se respetó la ortografía del manuscrito proporcionado amablemente por el señor Ing. Marte R. Gómez. A. M. C.



coronel Gaudencio González Llave, teniente coronel Miguel Peralta y teniente coronel Antonio Camarillo Robles, que me hacen la gracia de certificar bajo su firma la veracidad de mis apuntes, podrá suplir con creces lo que por andar en comisión no haya visto o lo que ignore.

Y si es verdad que la historia es: "la fiel y sucinta narración de hechos pasados, destinada a servir de enseñanza a las generaciones venideras", quiero que, estos apuntes que no son historia, pero que están destinados, a servir como contribución, a la factura de la misma, lleven, como está en mi conciencia, un sello de indiscutible veracidad y de franqueza.

No habrá en ellos ditirambos retóricos, frases rebuscadas, de esas que ciegan con relumbrones de oropel y que más halagan que convencen, no habrá tampoco elogios serviles o ridículas alabanzas; la verdad nunca necesitó de tan viles artificios; será una narración lisa, llana, escueta, de hechos generalmente poco conocidos, que pueden y deben ayudar al historiador del mañana en sus labores.

#### - TAL ES MI OBRA.

#### X X.

#### Coronel de caballería en servicio activo. \*

#### Aclaraciones Preliminares

Para nadie que haya hojeado las últimas páginas de nuestra historia contemporánea constituye una novedad lo que aquí voy a decir; pero la sucinta relación de los hechos que habré de referir, así como el lógico encadenamiento de los mismos, exigen ciertas aclaraciones que brevemente expondré antes de narrar los sucesos de que fui presencial testigo.

El "Plan de Tuxtepec", vió la luz pública el diez de enero de mil ochocientos setenta y seis.

El coronel don Hermenegildo Sarmiento lo dió a conocer a las once de la noche, de esa fecha, en Ixcatlán, poblado perteneciente al Estado de Oaxaca, y cinco días después en el pueblo del que lleva el nombre ese famoso documento, fué proclamado y sostenido por el ya dicho jefe.

El veintidós del propio mes el general don Fidencio Hernández lo secundó valientemente en la sierra de Ixtlán.

Poco tiempo después, sus bases regeneradoras eran secundadas en puntos opuestos de nuestro vasto territorio nacional.

Por lo que toca al Estado de Puebla, paso a consignar los datos que me fueron proporcionados por el mayor don Miguel Muñoz, hoy diputado al Congreso local, y que al distrito de Tepexi se refieren.

El día catorce de febrero de mil ochocientos setenta y seis se proclamó en Tepexi de Rodríguez el "Plan de Tuxtepec".

\* Dadas las personas que cita arriba como testigos de la veracidad de la que escribe, y la lista de supervivientes que publica al final de su escrito, parece que el autor es el "Coronel Javier Rojas, jefe del Cuerpo Irregular Auxiliar del Ejército". A. M. C.



Concurrieron a este acto los coroneles Marcos Bravo y Antonio Gamboa; el primero como jefe de la línea del Sur del Estado de Puebla y el segundo como jefe político y comandante militar del distrito de Tepexi.

Militaron a las órdenes de estos coroneles los jefes y oficiales siguientes: Antonio Camarillo Robles, José María Montero, Rosendo Gamboa, Miguel Peralta, Vicente Rodríguez, Salvador de los Monteros, Gabriel Moreno, Vicente Lezama y Miguel Muñoz.

Ocupaban la plaza referida, tropas del Gobierno del señor Lerdo de Tejada, en número de doscientos y tantos hombres al mando del señor coronel don Cristóbal Palacios, como jefe político y comandante militar, y los oficiales Peralta y Rodríguez, siendo secretario de la jefatura y comandante militar, el mayor Miguel Muñoz.

Por haberse separado violentamente con rumbo a Puebla el señor Palacios, quedó accidentalmente encargado del mando político y militar el señor Muñoz, y éste inmediatamente se puso a las órdenes de los coroneles Bravo y Gamboa con las fuerzas de la plaza a las dos de la tarde, hora en que se verificó la proclamación del "Plan de Tuxtepec", con todos los jefes antes mencionados.

Fueron nombrados, secretario del jefe de la línea, el señor Muñoz; mayor de órdenes, Miguel Peralta; pagador general, Salvador de los Monteros; ayudante del jefe de la línea, Rosendo Gamboa; jefe de escuadrón de Ixcaquixtla, José María Montero; secretario de la jefatura y comandante militar de Tepexi, Antonio Camarillo Robles; y segundo jefe de este batallón, Vicente Rodríguez.

Al día siguiente se presentó con un piquete de caballería al jefe de línea, el comandante Manuel Medel y fué nombrado jefe político y comandante militar del distrito de Acatlán, don Mucio Martínez.

Hasta aquí, sin quitarle punto ni coma, los datos proporcionados por el señor Muñoz; en lo de adelante relataré los sucesos que a mí me tocó presenciar, advirtiendo que si bien es cierto que el distrito de Tepexi contribuyó con tan voliosos elementos para el triunfo de nuestra "causa", no lo es menos que el jefe reconocido como supremo desde el principio del movimiento lo fué el señor don José María Couttolenc, quien en la cabecera de Tecamachalco encendió la mecha revolucionaria, organizó los elementos que voluntariamente se le agregaron, puso sus dineros a disposición del plan y por último investido más tarde con el carácter de "En Jefe" del Estado de Puebla, firmó corrrespondencia y despachos que en épocas posteriores, aceptó y revalidó el ministerio de la Guerra.

Esto no quiere decir que niegue méritos a quienes de justicia le correspondan, sino pura y sencillamente que como en el curso de este trabajo me tengo propuesto hablar sólo de lo que vi, diciendo en caso contrario de quien obtuve la relación de lo que narre, es lógico que mi relato comience en Tecamachalco y no en Tepexi, por más que ahí se hayan desarrollado hechos concomitantes con el nacimiento de la revolución en el Estado de Puebla.

Réstame decir también que los datos relativos a los levantamientos de "Ixcatlán e Ixtlán" los debí a mi infortunado amigo el coronel don Marcos Bravo, quien me los comunicó en una entrevista de la que haré mención más adelante, cuando lo acompañé, después de su conferencia con Couttolenc, muy cerca del poblado de "Molcaxac".



Hechas estas salvedades, puede el benévolo lector, dar vuelta a la hoja y leer, si a bien lo tiene, el primer capítulo del "Génesis de la Revolución Tuxtepecana", en el Estado que lleva el nombre del heroico Zaragoza.

\_ I \_

#### Se enciende la mecha en el molino de Tecamachalco

Era el día 8 de febrero del año de mil ochocientos setenta y seis, cuando por vez primera y en una de las dependencias del molino de harina que tenía el señor Couttolenc en la ciudad de Tecamachalco, cabecera del distrito del mismo nombre, perteneciente al Estado de Puebla, nos reunimos el ya dicho señor don José María Couttolenc, general más tarde, don José de la Luz Molina, Rafael Rodríguez, Jesús Ricardo y XX.

Rompió el silencio solemne con que comenzaba aquella junta, la voz del señor Couttolenc quien dijo: "que los propietarios de haciendas y fincas veían con sumo disgusto las exageradas gabelas y contribuciones, que día a día aumentaba el Gobierno del Estado a los terratenientes, haciéndose de tal manera insoportable la situación, que el gobernador Romero Vargas estaba dando lugar a que estallase una revolución para defenderse de sus ataques".

"Es necesario" dijo, después de una corta pausa, "prepararnos a defender nuestros intereses, oponiendo, si preciso fuere, el argumento de la fuerza contra la fuerza..., para eso los he convocado", añadió, "para saber si cuento con ustedes".

A esa interpelación, respondió enérgicamente el señor Molina: "Yo, estoy resuelto a no pagar la nueva contribución que se me asigne, espero las consecuencias; sé que me embargarán y eso será el motivo que tenga para insurreccionarme".

Rodríguez, Ricardo y yo, que por ser amigos recientes de los dos anteriores, no teníamos derecho a exigir su abosluta confianza, asentimos tan sólo con nuestro silencio.

En tanto Couttolenc y Molina, convinieron por pronta providencia, en armar a sus mozos y no dejarse vejar de nadie.

Después, Couttolenc se dirigió a mí diciendo: "XX, usted, que va los más días a Puebla, ¿puede y quiere comprar parque para armar bien a mis mozos?"...

"Si", le respondí sencillamente.

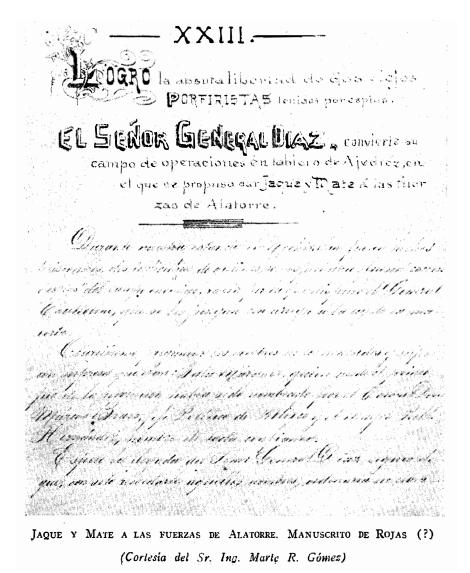
"Pues lo faculto para que compre parque, sin limitación alguna".

"Bueno: pues ahora que estamos ya comprometidos", dijo Couttolenc estrechando la mano de todos nosotros, "mucha reserva, y favor de comunicarme todo lo que sepan de nuevo".

Momentos después y ya fuera del molino, Ricardo Rodríguez y yo, que obrábamos de común, como amigos y viejos porfiristas, convinimos en ayudar a Couttolenc y Molina, que por su buena posición, mucho ayudarían con sus elementos pecuniarios a fomentar la naciente revolución en Oaxaca, que como ya lo dije, había estallado proclamando el "Plan de Tuxtepec".

Así germinó la revolución tuxtepecana en el distrito de Tecamachalco, en un molino y con cinco mantenedores; dos de ellos, hombres de dinero que se propusieron arriesgarlo en un cambio político, y los otros tres hombres de combate que exponían "el pellejo" por ser fieles al "Caudillo" y a su causa.









### ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Comencé a comprar parque en Puebla, y ocho días después, había situado en Tecamachalco mil quimientos tiros de carabina de doce y dos mil quinientos de carabina de ocho.

Volví a hablar con el señor Couttolenc, pidiéndole dinero para comprar más parque, porque de aquel metal siempre anduve desprovisto; entonces mandó llamar al señor Molina, quien ocurrió en el acto; platicamos algo de los avances de la revolución en Oaxaca y al despedirme, Couttolenc me dijo de improviso: "Oiga XX, yo quisiera que me hiciera favor de comprarme seis clarines".

"Haré lo posible por conseguirlos", le respondí; "pero eso me indica que la cosa es seria porque ¿para qué quiere usted seis clarines, si sumando los mozos de usted y los del señor Molina, resultan sólo cinco...? entonces sobra un clarín y falta un mozo".

Ante esa respuesta, se trastornó de tal modo, que no sabía qué contestarme, por lo que aprovechándome de su confusión le dije:

"Señores: ustedes, por su lado los dos, y mis dos compañeros, unidos conmigo, parece que vamos a un mismo fin, pero la falta de confianza hace que andemos jugando por tabla. ¿Por qué no son francos? Vamos quitándonos las caretas; mis compañeros y yo, somos porfiristas y por lo mismo enemigos del actual Gobierno, y el mismo odio que les tiene a ustedes, nos tiene a nosotros, y unidos y teniéndonos mutua confianza, haremos mucho, se lo aseguro".

- -"Tiene razón"-dijeron a una voz Couttolenc y Molina.
- -"Hablemos claro".

Y viendo que mis palabras habían sido acogidas y que lograba lo que me había propuesto, esto es, que reinara entre nosotros una verdadera confianza, entré de lleno en el terreno de las confidencias y les dije:

"Señores, yo estoy de acuerdo con don Marcos Bravo que actualmente se encuentra en "San Pedro Coayuca", ¿quieren ustedes que los ponga en contacto con él?".

—"Aceptado"—me respondieron y en el acto escribí a don Marcos, rogándole que se dirigiera al pueblo de Toxtepec en donde celebraríamos una entrevista, con el objeto de darle a reconocer a los señores Couttolenc y Molina y de tratar de los progresos de "nuestra causa".

El diecinueve de febrero del año a que me vengo refiriendo, se celebró dicha entrevista en el lugar indicado: en ella don Marcos, hombre de reconocido valor, manifestó que tenía ya algunos trabajos revolucionarios adelantados y que esperaba que secundarían el movimiento varios amigos, contándose entre ellos a Gabino Aguilar, oficial de un cuerpo del Estado, al mando de Manuel Bañuelos, que dicho Aguilar, jefe del destacamento de San Martín Texmeluca, se había comprometido a secundarnos al primer aviso y que por último, tenía fe en el resultado de nuestras combinaciones.

Después se habló mucho de la revolución y de sus elementos, y amigos todos y puestos de perfecto y común acuerdo despidióse don Marcos de Couttolenc y Molina; hice yo lo mismo, pretextando que quería encaminarlo, ofreciendo volver en la noche, y ya solos y en el camino don Marcos y yo, le expliqué qué clase de personas eran nuestros nuevos asociados, pues ambos le eran desconocidos, recomendándome don Marcos que no los abandonara para que no desmayasen; me



dijo también que ya tenía mucho arreglado en los distritos de Tepexi, Atlixco y Matamoros y reiterándome su recomendación de no dejar solos a Couttolenc y a Molina, nos separamos muy cerca del pueblo de "Molcaxac".

#### \_ II \_

### La cosa marcha a pedir de boca

El día veinte de febrero de aquel histórico año, llegó a Tecamachalco el coronel Isunza, procedente de Acatzingo, trayendo cincuenta hombres de la fuerza del coronel Manuel Bañuelos.

Al siguiente día, trató de hacer efectivo el pago de la Contribución a la que me referí, hablando de nuestra primera junta en el molino de Couttolenc y todo el mundo lo mandó en hora mala, sin conseguir que le pagaran un solo centavo, a pesar de las ejecuciones de embargo que trabó en bienes de los renuentes. Triste y descorazonado dejó pendientes sus amenazas, saliendo de Tecamachalco el veintidós, por la mañana muy temprano, no sin encomendar el mando de la fuerza que trajo, a un subalterno llamado Joaquín Romero.

En menos de cuarenta y ocho horas, comprendidas entre los días veintidós y veintitrés, pudimos arreglar la combinación del "pronunciamiento" y el segundo de los días indicados a las ocho de la noche, logramos sorprender a la guardia del cuartel, que ocupaba el mesón de la plaza, recogiéndoles desde luego, caballos, armas, parque y cuanto tenían, no sin hacerles saber a los sorprendidos, que los que quisieran seguir el movimiento revolucionario podían quedarse; o dar media vuelta y en absoluta libertad, los que opinasen en contrario.

Quedáronse, aceptando, cosa de doce, y en el acto se procedió a repartir los caballos y armas sobrantes a los paisanos conocidos, que se agrupaban a seguirnos. El veinticuatro, por la tarde, contábamos ya con setenta y cinco hombres de caballería y cosa de treinta y dos de infantería. En Acatzingo, municipalidad cercana de Tecamachalco, se supo lo de nuestro pronunciamiento y allí Miguel Cid de León, arengando a los paisanos, armó a veintidós de ellos con fusiles de percusión y se puso luego en marcha para Tecamachalco, incorporándose también con nosotros y al mismo tiempo, el comandante Higinio Aguilar, procedente de Acultzingo y Cañada de Ixtapa, con cosa de cuarenta hombres de caballería, que en su rumbo había levantado dando a conocer a esa fuerza con el nombre de "Escuadrón Lanceros de Acultzingo".

Por último, los pronunciados de Tepexi, llegaron ese día a Toxtepec, incorporándose con nosotros. Esa fuerza se componía de un piquete de caballería al mando del coronel Medel, otro al mando del coronel Menchaca, y la infantería a las órdenes del comandante Vicente Rodríguez, teniendo todos como jefe supremo a don Marcos Bravo.

Entonces, y por primera vez, formada toda la fuerza en la plaza del pueblo, el señor Couttolenc pasó revista y arengó a la tropa, vitoreando entusiastamente al señor general Díaz.

Dieciséis días antes, cinco hombres de buena voluntad habíamos encendido la mecha revolucionaria en Tecamachalco (Estado de Puebla) y en tan corto espacio de tiempo, más de quinientos hombres habían respondido a nuestro llamamiento, pre-



sentándose con las armas en la mano, para vencer o para morir, como muchos murieron en la empresa.

Como se ve, la semilla cayó en terreno propicio, la ocasión fué oportuna, y más que nada, ya en aquel entonces el prestigioso nombre del señor general Díaz tenía poder bastante para mover y para electrizar a las multitudes...

Al día siguiente, parte de la fuerza contramarchó a Tepexi; el entonces coronel Mucio Martínez, se dirigió para Acatlán, quedando allí como jefe político; don Marcos Bravo con las caballerías expedicionó por los distritos de Matamoros y Atlixco, siendo recibido en esta plaza, con un fuerte tiroteo de las fuerzas del Gobierno, que le obligó a replegarse, acompañado de los coroneles Medel y Menchaca y del teniente coronel Antonio Camarillo, hasta Molcaxac, lugar al que llegó el quince de marzo, acompañado también del licenciado Antonio Bonilla.

Ya en ese entonces las fuerzas de Bravo renumeraban cerca de quinientos hombres y fué en Molcaxac donde recibió el mando del "Batallón de Tepexi" el señor teniente coronel Antonio Camarillo.

#### \_ III \_

#### Cuatro de marzo de 1876

### Lo de Santiagotzingo

Mientras las fuerzas de don Marcos Bravo hacían la expedición "Atlixco-Matamoros", nosotros, abandenando el pueblo de Toxtepec, salimos para el rumbo de Tecali, por haber recibido aviso que de la ciudad de Puebla habían salido las fuerzas de caballería del Estado encargadas de perseguirnos. No bien habíamos llegado al pueblo de Santiagotzingo, cuando la proximidad del enemigo nos hizo tomar posiciones aceleradamente en la torre de la iglesia, haciendo que la infantería ocupara el cementerio anexo a la misma y la caballería el ala derecha de dicho edificio.

Diez minutos después, teníamos encima el fuego del enemigo; los nuestros lo dejaron acercarse y a cosa de trescientos metros nuestra infantería rompió el fuego y la caballería, protegida por nuestros infantes y al mando de los comandantes Higinio Aguilar y Jesús Ricardo, avanzó, hizo una sola descarga y lanzándose con el machete desenvainado sobre el enemigo, lo puso en completo desorden, lo hizo retroceder y obligándolo a dar "media vuelta", acabó por derrotarlo, haciendo que emprendiera una vergonzosa fuga.

Tal fué nuestro primer encuentro y nuestra primera victoria sobre los contrarios.

Horas después, pernoctamos en Toxtepec saliendo al día siguiente para Tepexi.

#### \_IV \_

#### 13 de marzo de 1876

### Una fracción del 8º batallón, se pronuncia en Puebla

El cinco de marzo dejé al señor Couttolenc en Tepexi, y de incógnito me introduje a Puebla, para informarme cómo andaban los trabajos emprendidos en esa



plaza por los señores licenciados Joaquín Ruiz y Pablo Herrera, comprometidos a lograr que se pronunciara el Octavo Batallón.

El día siete, tuvimos una junta a la que concurrieron además de los abogados antedichos, los señores Antonio Gil y Gabriel Alatriste, este último comisionado para hablar con Rafael Gasca y demás oficiales del Octavo a fin de inducirlos a seguir el movimiento. En esa junta se discutió y dió forma al futuro pronunciamiento. El día diez volvimos a reunirnos nuevamente, pero a esa junta concurrieron ya los tenientes del Octavo, Gasca y Mota. En esta asamblea se arregló definitivamente el pronunciamiento, fijándose para que se efectuara, el día trece del mismo mes; también se convino en que el licenciado Herrera saliera rumbo a Huamantla, en busca del general Rodríguez Bocardo, quien ya contaba con fuerzas pronunciadas en el Estado de Tlaxcala a fin de que acercándose a Puebla protegiera al batallón pronunciado.

Consumados estos preparativos, salí inmediatamente rumbo a Tepexi, en busca del señor Couttolenc a quien encontré la noche del día once, púsele al tanto de lo pactado en Puebla, díjele que el movimiento sería el trece y concluí manifestándole que los pronunciados esperaban firmemente que se acercaría a Puebla con sus fuerzas para protegerlos.

Couttolenc contestóme en estos términos: —"Imposible XX, he recibido "correo" de los señores generales Ballesteros y coroneles Mauro Vázquez y Ramos Ríos, quienes con fuerzas de Oaxaca, vienen a incorporárseme; he contestado diciéndoles, que nuestro punto de reunión sería Tepexi y como usted comprende no puedo moverme de aquí hasta su llegada".

Sabedor de la resolución del señor Couttolenc, salí para Puebla el doce a las dos de la mañana, llegando a esa ciudad a la una de la tarde del propio día. Allí se me informó que el licenciado Herrera andaba buscando, sin encontrar todavía, al general Rodríguez Bocardo, y que faltando la protección por fuera que de él esperábamos, podía resolverse en un fracaso el pronunciamiento, razón por lo que tratamos de ver si éste se transfería para otra fecha, a cuyo fin resolvimos conferenciar con Gasca y Mota y fuimos a verlos a su cuartel del "Carmen", a horas que eran las ocho de la noche, Gabrie! Alatriste y yo.

Llamamos y acudió Gasca, por cierto con algunas copas en la cabeza; lo pusimos al tanto de lo que ocurría, haciéndole ver que no contábamos con protección de ninguna especie, y por toda respuesta nos dijo: "eso no le hace; ya tengo arreglado a los oficiales y sargentos y de no verificarse mañana mismo el pronunciamiento, se descubre todo y me fusilan".

Viendo que, por el estado en que se encontraba Gasca, era inútil insistir con argumentaciones, nos despedimos de él, resignándonos a esperar pura y simplemente los resultados.

Al amanecer del día siguiente se pronunció el "Octavo" en medio de un desorden espantoso, por falta de jefe que dirigiera los movimientos; el tiroteo fué general en toda la ciudad, y al ver aquella batahola, ensillé, salí de Puebla a mata caballo, y en seis horas salvé las distancias de este punto a Tepexi, en donde desde luego me puse al habla con el señor Couttolenc, informándole de los sucesos de Puebla.

Dicho señor, a quien ya se habían incorporado el general Ballesteros y los coroneles Mauro Vázquez y Ramón Ríos, me dijo que iba a emprender la marcha,



y al siguiente día salió para Molcaxac, recibiendo allí la noticia de que los pronunciados de Puebla habían abandonado la capital, tomando el rumbo de Tecali.

Supo además que el jefe de ellos, lo era don Macario González, por lo que despachó "correos" con los que les ordenaba que vinieran a reunírsele a Molcaxac.

La tarde del quince de marzo llegó a Molcaxac el "Octavo Batallón" seguido de numerosos paisanos que se le habían agregado y trayendo como jefe al mayor Luis Coronel y como capitanes a Rafael Gasca y Ramón Ricoy, hoy brigadier del ejército permanente.

Ese mismo día llegó también, como ya antes lo he dicho, don Marcos Bravo, procedente de Atlixco y con cosa de quinientos caballos. Dicha plaza debió haber sido tomada seguramente por Bravo a nc haberle traicionado uno de los que estaban comprometidos, y como resultado de aquella escaramuza, tuvo cuatro muertos y varios heridos, obligándole la superioridad en número del enemigo a concentrarse con nosotros, al tantas veces repetido Molcaxac.

#### - V -

La capital de Puebla pudo haber sido tomada por los nuestros

Los días quince y dieciséis pernoctamos en Molcaxac; el día diecisiete se dió la orden de marcha y salimos para Tepeaca, en el camino encontramos al licenciado Pablo Herrera, que traía noticia al señor Couttolenc de haber hablado con el general Rodríguez Bocardo, jefe que ya venía en marcha para incorporársele Llegamos a Tepeaca a la una de la tarde y nuestra llegada coincidió con la de la "Diligencia" que hacía viajes de Tecamachalco a Puebla.

Entonces le indiqué a don Marcos Bravo lo prudente que era detener la diligencia, mientras yo iba a hablar con el general; la detuvo y entre tanto le manifesté a dicho señor las ventajas que resultarían de que nos pusiéramos de acuerdo con nuestros amigos de Puebla; fué de idéntico parecer y dióse la orden de que la diligencia siguiera su camino, pero sin pasajeros, porque éstos podrían poner al tanto de nuestros movimientos al enemigo. Púsose en marcha al carruaje llevándose únicamente al licenciado Herrera y a mí. Llegamos a Puebla, el licenciado se apeó en el Portalillo del Alto, y yo continué en el vehículo hasta la casa de Diligencias

Había allí mucha gente esperando a los pasajeros y entre ella algunos policías, pues no era un secreto en Puebla, que las fuerzas regeneradoras ocupaban ya la ciudad de Tepeaca. Acto continuo, los gendarmes miraron y lo que es más, registraron el interior de la diligencia sin encontrar alma nacida, porque yo, prudentemente, antes de entrar a la ciudad, me había subido al pescante con los conductores y fingiéndome ayudante del "sota" para despistar por completo a la policía, brinqué de mi asiento y con toda oficiosidad me puse a desenganchar los caballos y salí jalándolos humildemente para pasearlos fuera de la casa de postas, como aquel entonces se acostumbraba. Ya en la calle y libre de inspección policíaca, así como bien seguro que no me conocieron, ni en mí se fijaron, abandoné los caballos a su buena suerte, tomé rumbo opuesto y me marché a hablar con las personas que me interesaba.



Salieron mis amigos en busca de datos de lo que por el Gobierno pasaba, y a las nueve de la noche me dieron aviso de lo siguiente:

"Enterado el gobernador Romero Vargas, de que Tepeaca estaba ocupada por "Regeneradores", ordenó que a las cinco de la mañana del día siguiente —dieciocho de marzo— salieran para batir a los nuestros, por el camino de Amozoc, los batallones primero y segundo del Estado, con dos obuses de montaña, así como con cien hombres de caballería. Puebla quedaba en tanto resguardada por la policía municipal Diurnos y Veladores.

En el acto, uno de los nuestros salió a buscar persona, que como "correo extraordinario" llevara tan importante noticia a Tepeaca, en tanto que yo escribía a Couttolenc sobre poco más o menos lo siguiente:

"Puebla.—Marzo 17 de 1876.—Señor general don José María Couttolenc.—Tepeaca.—Muy señor mío y amigo:

"Pongo en conocimiento de usted que el gobernador Romero Vargas ha dictado hoy las disposiciones siguientes, encaminadas a nuestra persecución" (aquí los detalles pormenorizados del número de fuerzas, itinerario, etc., etc.) y concluía mi carta con las siguientes palabras que aún conservo frescas en la memoria.

"Son los momentos más oportunos que pudieran presentársenos para apoderarnos sin grandes sacrificios de esta capital; pues mientras las fuerzas del gobierno salen rumbo a Amozoc, puede usted emprender su marcha por el lado opuesto, es decir, por el camino de Tecali sin obstáculos de ninguna clase y con la plena seguridad del éxito. Suyo, etc."

Mi "extraordinario" llegó a Tepeaca a la una de la mañana y sin embargo la marcha sobre Puebla no se efectuó. Cuando volví a ver a Couttolenc éste me dijo: "No lo hice así por haber recibido correo del general Rodríguez Bocardo para unirme con él en el rumbo de Chalcuicomula; tomé camino por Acalzingo para la hacienda de San Francisco de los Algibes donde pernocté un rato con las infanterías".

#### - VI -

#### Acciones de Rinconada y Chalchicomula

Sentida muerte del aguerrido coronel don Marcos Bravo

Antes de abrir este capítulo, úrgeme consignar que los sucesos en él referidos no fueron presenciados por mí, a virtud de haber permanecido, como lo dije ya en el capítulo anterior, en la ciudad de Puebla en la que estuve del diecisiete al veintidós de marzo saliendo en esa fecha para Chapulco a donde llegué el veintitrés a las doce de la noche. Los datos que en él consigno, los debo a mis compañeros, testigos presenciales, quienes con lujo de detalles me los relataron.

Ya se ha conseguido, que las infanterías del general Couttolenc, acamparan en la hacienda de San Francisco de los Algibes, pero no se dijo que las caballerías del coronel don Marcos Bravo, que con ellos venía, sin hacer alto, continuaron su marcha hasta llegar a la estación del Ferrocarril Mexicano, conocida con el nombre de Riuconada.

¿Qué objeto tuvo el valiente Bravo en avanzar hasta ese punto? Sencillamente,



convencerse de la exactitud de una versión, según la cual, se aseguraba, que el tren de Veracruz traía una fuerza a las órdenes del coronel Letichipía, fuerza a la que bizarramente se propuso intimar rendición en cuanto que llegara a aquel punto.

En efecto, poco después, llegaba el tren conduciendo a las fuerzas ya dichas. Bravo intimóles rendición enérgicamente, a lo que se negaron apeándose del tren y preparándose desde luego tras de las muchas trincheras de leña que en la estación había.

Comprendiendo Bravo, que haría resistencia, ordenó violentamente que se encadenara la mayor parte de la caballada y pie a tierra avanzó con los suyos, rompiendo un vivo fuego sobre los contrarios.

Respondieron éstos en igual forma y se trabó un reñido combate que duró cerca de media hora, al cabo del cual caía muerto el coronel Letechipía, sembrando con esto, la desmoralización entre los suyos, que acabaron por rendirse.

Este hecho de armas se verificó el dieciocho de marzo,

Horas después, Bravo se reunía con todas nuestras fuerzas y habiéndose decidido atacar la plaza de Chalchicomula el día veinte, el coronel Bravo, como de costumbre, tomó la vanguardia con sus caballerías y adelantándose hasta los suburbios de la población rompió fuego; respondieron los de la plaza y al cabo de una breve escaramuza, los nuestros fueron rechazados, no por falta de valor, sino porque el coronel Marcos Bravo, herido mortalmente por una bala, cayó del caballo sembrando el pavor y la desmoralización entre sus tropas.

Minutos después, aquel denodado defensor del "Plan de Tuxtepec", era sólo un cadáver. La victoria que tantas veces le sonriera, no quiso permitirle ver consumada la obra a la que consagró todos sus alientos. La muerte de Bravo fué una pérdida sensible para los soldados de la Revolución que siempre tuvieron en él a un jefe de prestigio.

Comunicada la fatal noticia al general Couttolenc, que había hecho una parada en la hacienda de Santa Inés para repertir el rancho a las infanterías, puso desde luego en movimiento a toda la fuerza rumbo a Chalchicomula y llegando a la orilla de la misma ordenó su circunvalación, tomando las infanterías hasta la parte alta del molino que en dicha ciudad poseía el referido general.

Esa tarde se incorporó el general Rodríguez Bocardo a los nuestros, y por la noche se tuvo noticia de que en auxilio de la plaza sitiada venía una columna de la Federación, con cuatro cañones rayados y al mando del general Loaeza.

En consideración de la superioridad numérica que adquiría el enemigo con el refuerzo de Loaeza, se levantó el campo al día siguiente, veintiuno, y se emprendió la marcha para San Antonio de Arriba

En cuanto al sitio en que se inhumó el cadáver del infortunado coronel don Marcos Bravo, hay diversidad de opiniones, pero me adhiero por ser la de más peso a la del mayor Avelino Hernández, ayudante en aquel entonces de Bravo, quien dice que el sepelio se efectuó en una capilla que queda frente al casco de la hacienda de Santa Ana; y agrega, a título de comentario, que habiéndose olvidado de recoger los papeles que llevaba consigo el muerto, a cosa de las doce de la noche de aquel nefasto día se los extrajo de la bolsa de pecho de la chaqueta, habien-



do entre ellos correspondencia altamente comprometedora, si hubiera caído en poder de los contrarios.

Para cerrar este capítulo y como un homenaje a la memoria de ese intrépido jefe, haré de él una rápida silueta.

Oriundo de Jonacatepec, como de cincuenta años, alto, trigueño, de rostro oval y de recia musculatura, serio, muy serio y tan parco en hablar como rápido y enérgico en el movimiento y en la acción; sus palabras medidas, contadas y pesadas, ya de promesa o de amenaza, tenían tan exacto cumplimiento como las de un contrato autorizado por el notario.

En campaña vistió siempre nuestro nacional y típico traje de "Charro" de color azul claro y el ancho y airoso "jarano" de cepillo.

¡Así lo veo cuando lo evoco en mis recuerdos!

#### - VII -

En Tehuacán nos regala el enemigo casi todo el parque que gastamos en la Revolución

Como ya lo dije, nuestras fuerzas en su retirada de Chalchicomula, pernoctaron el veintidos de marzo en San Antonio de Arriba.

El veintitrés, regresando de Puebla, les di alcance a cosa de las diez de la noche en el pueblo de Chapulco.

El veinticuatro llegamos a Tehuacán, plaza que desocuparon violentamente las fuerzas del Gobierno y fué tanta la precipitación, desorden y descuido, con que evacuaron la ciudad, que en ella nos dejaron un buen depósito de parque metálico, cuya cuantía fué tal, que bastaría consignar este dato: con él y con algunas ayudas, tuvimos lo suficiente para todo el resto de la revolución.

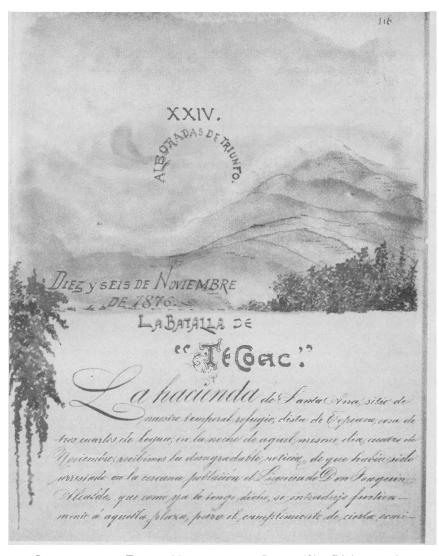
El veinticuatro salimos de Tehuacán para Cerro Colorado, lugar en que tomamos posiciones para la defensa, por haber sabido que Loaeza venía en nuestra persecución. Para salir de dudas, se enviaron correos y exploradores en distintas direcciones; a las cuatro de la tarde supimos a ciencia cierta que no teníamos enemigo cercanamente.

Regresamos a Tehuacán, en donde pernoctamos esa noche y todo el siguiente día. El veintisiete salimos a Santiago Nopala; el veintiocho a San Juan Ixcaquixtla; el veintinueve a San Felipe y el treinta y uno a San Pedro Coayuca.

El primero de abril en la mañana temprano, se anunció la proximidad de Loaeza, por lo que se dispuso tomar posiciones en la Mesa de San Mateo para esperar su acometida; estábamos organizando la distribución de las fuerzas en el sitio escogido, cuando repentinamente a cosa de las tres y media de la tarde, aparecieron las caballerías del enemigo, cargando bruscamente sobre nuestra retaguardia que a la sazón acababa de salir de la plaza del pueblo de San Pedro Coayuca.

Dada la proximidad de la Mesa de San Mateo, violentamos la marcha, y cuando nuestras fuerzas acabaron de salir del pueblo, tiroteándose en retirada con el enemigo, ya los batallones Octavo y Porfirio Díaz colocados en las posiciones de antemano designadas, pudieron romper fuego sobre nuestros contrarios, paralizando así la persecución que a nuestra retarguardia se hacía. El enemigo hizo alto y comenzó a enviarnos un fuego pausado, al que en la misma forma respondimos. Esto duró todo el resto de la tarde hasta el oscurecer, hora en que los del Gobierno





LA BATALLA DE TECOAC. MANUSCRITO DE ROJAS (?). Página a colores (Cortesía del Sr. Ing. Marte R. Gómez)





retiraron sus infanterías a la cercana plaza, dejando sólo la caballería, con vista a nuestro frente.

Hasta las once de la noche permanecimos en la Mesa; encendimos "fogatas" para que el enemigo creyera que allí íbamos a pernoctar y con guías prácticos y conocedores del terreno, como lo son Francisco Solís y Miguel Peralta, emprendimos la marcha por terreno muy intrincado y escabroso; caminamos así todo el resto de la noche y al día siguiente a horas que serían la una de la tarde, llegamos al rancho de Tlachinola. En este punto se dividieron las fuerzas del siguiente modo: el general Rodríguez Bocardo con sus tropas y los batallones Tepexi, y Guerrero, de Tecamachalco, ocuparon el Cerro Pelón; nosotros con el resto de las fuerzas nos posesionamos del Cerro Tlachinola y de parte del de Santoyo.

#### - VIII -

3 de abril de 1876.—Lo de Tlachinola.—; Una derrota sin batalla!—Con una humilde cámara de cohetero se pudo suplir una moderna ametralladora

El dos de abril, las fuerzas de Loaeza, desocuparon la plaza de San Pedro Coayuca, emprendiendo su marcha para Tehuitzingo; el tres simularon seguir su derrotero, rumbo a Acatlán, pero como a la media hora contramarcharon sobre nuestras posiciones, hasta llegar al rancho de Tlachinola en donde situándose convenientemente, abocaron sus piezas de artillería frente a nuestras posiciones y comenzaron a hacernos fuego; inofensivo para nosotros, por lo mal calculado.

Entonces, una idea cruzó rápidamente por mi cerebro; hay que advertir, que joven y de buen humor como era en aquella época, me complacía en hacer sendas "diabluras". Por casualidad, junto a un tronco de árbol cercano al sitio que ocupábamos, el general Couttolenc, algunos jefes y oficiales y yo, había una cámara grande de cohetero, un ayate con pólvora envuelta en papeles, unas mechas y unos pedazos de morillo como de setenta centímetros que servían de "atacadores", todos estos objetos se los trajeron al general, la víspera de ese día, algunos de nuestros "cuscos" \* que habían ido a pasar a la "feria" cuaresmeña del pueblo de Tejalpa.

—"Con su permiso mi general"—le dije de improviso a Couttolenc, y desde luego cogí la cámara y me puse a cargarla, con pólvora y "tepitzite", esa piedra fofa y colorada que abunda en el cerro de Tlachinola, como en tantos otros lugares del país.

-"¿Qué va usted hacer?"-me preguntó el general.

—"Una cosa muy sencilla" —le respondí—: "voy a llevarme esta cámara hasta allá abajo, frente, y lo más cerca posible de la columna enemiga, y cuando lo logre, se las disparo de repente"...

"Pues ya que va a hacer esa maldad, me replicó Couttolenc, llévese unos veinte hombres del Octavo..."

Oír esto Ramón Ricoy, que estaba cerca, y aproximándose, dijo: "Yo, lo acompaño X.X.", todo fué uno.

"Acompáñelo, Ricoy, añadió el general, y lleven un clarín además de los veinte hombres".

\* Ociosos. que se agregaron a nuestras tropas en tiempos de guerra.



Acto continuo, dispusimos la marcha y en esos momentos el coronel Mauro Vázquez que se había enterado de mi proyecto, trató de desbaratarlo y se opuso diciendo: -"¿Qué va a hacer hombre?, con eso lo que va a conseguir es que nos chiflen". - "Eso va por mi cuenta", respondile, y sin detenerme ni hacer caso, llevando yo de una oreja la cámara y un soldado de la otra, comenzamos a descender del cerro siguiendo por un punto en que la arboleda era tan tupida, que sin hacer ruido y sin ser vistos llegamos a ponernos a menos de trescientos metros del enemigo. Escogí entonces un punto culminante, desde donde se dominaba el campo enemigo, y convine con Ricoy, en parapetar detrás de cada árbol, a nuestros veinte tiradores, listos para que a la primera señal y cuando prendiera fuego a la cámara, dispararan ellos en descarga cerrada sobre el enemigo. Y diciendo y haciendo, al dar la señal convenida, acerqué la mecha y se produjo un estallido ensordecedor. La cámara retacada hasta la boca había detonado con más fuerza aún que los cañones de siete centímetros, de que el enemigo disponía; y como el disparo fué por sorpresa cerca y por donde menos se lo suponían, y como además nuestro clarín convenientemente aleccionado rompió tocando alegremente "diana", toque que los demás clarines nuestros repartidos en los cerros próximos repitieron al unísono: el enemigo comenzó a desorganizarse con mucha alarma, porque los veinte rifles siguieron haciendo fuego con el mismo resultado, porque viendo nuestro triunfo, cincuenta hombres más del Octavo, bajaron a ayudarnos, haciendo un fuego más nutrido sobre los fugitivos, y porque mezclados con los toques de diana se oían en nuestros compamentos, los entusiastas y robustos gritos de: ¡¡¡Viva Oaxaca... Viva el general Porfirio Díaz...!!!

Cuando el general Couttolenc, acompañado del coronel Mauro Vázquez, bajó a felicitarnos a Ricoy y a mí, el enemigo acababa de levantar el campo y se retiraba precipitadamente.

Al ver aquella fuga vergonzosa que se verificaba, precisamente a las dos de la tarde, el general ordenó que nuestras caballerías dieran una carga a los fugitivos para lograr su dispersión completa; pero de nuevo el coronel Vázquez se opuso a esta determinación, manifestando que las tropas del Gobierno bien podían estar simulando "una retirada en falso" para hacer que abandonáramos nuestra posición en las alturas, por lo que Couttolenc, revocó la orden, mandando solamente que una parte de la caballería escogida, conocedora del terreno y al mando de los coroneles Medel y Mechaca y comandante Bonifacio García, salieron a tirotear al enemigo, al que seguían tan de cerca y era tal el susto y el azoro que llevaban, que al pasar el río de Tuzantlan, se ahogaron cinco mujeres y un hombre, y no se sintieron seguros sino hasta atrincherarse en el rancho de "Piletas" a donde pernoctaron.

Así sólo por una travesura de mi parte, ganamos la acción de Tlachinola encomendando a una pobre cámara de cohetero, el papel de una pieza de poderoso calibre, que por uno de esos fenémenos de miedo colectivo o pánico de las multitudes, puso en completa fuga a una columna dotada de regular artillería.

Por fortuna, vive aun, el hoy brigadier Ramón Ricoy, y que puede testificar la histórica exactitud de este hecho.



#### - IX -

"El 29 batallón del Estado de Puebla no puede promunciarse por enfermedad de su jefe.—Cunde la revolución en el Estado de Morelos

A cosa de las cinco de la tarde de aquel día, el general Couttolenc, inquieto por no saber a ciencia cierta, si el enemigo, no escarmentado, trataría de reorganizarse para el ataque, dirigiéndose a mí, me dijo las siguientes palabras: —"¡Cómo haríamos para tener buenas noticias de Loaeza y de los suyos?

"La cosa es muy sencilla", le respondí. "Usted sabe que tengo buenos amigos en Izúcar de Matamoros; en unas cuantas horas llegó de incógnito y me "meto"; lo demás es más fácil todavía".

"Acepto sin discusión", díjome. "Pues, en marcha", le respondí, y salí desde luego de Tlachinola, llegando ya muy obscuro y por camino distinto del de los derrotados, al Rancho del Tepenene. Allí pernocté y a la madrugada del siguiente día llegué sin novedad a Matamoros, entrando a la población por el barrio de San Juan Coahuiztla sitio en que formando encrucijada se unen los caminos de la hacienda de "Ravoso", que era el que yo traía, con el del rancho de Piletas. De manos a boca me di con las fuerzas derrotadas; no habiendo otro remedio, tuve que andar entre ellos cosa de seis cuadras, hasta llegar al puente que hay para entrar a Santo Domingo donde me hice a un lado y seguro de no haber sido conocido, me metí a la casa de don José María Fuentes.

Por la noche, salimos juntos el señor Fuentes y yo, y paseando por la plaza de armas nos encontramos con el general Loaeza y los coroneles Bañuelos y Garay, este último jefe político del lugar, los que sin conocernos por tres veces nos saludaron.

Y para que se vea que como vulgarmente se dice "no atestiguo con muertos", puede el coronel Garay, que vive todavía y es miembro del Consejo de Guerra en Puebla, ratificar mi dicho.

El cinco de abril puse correo desde Izúcar al señor Couttolenc, a la sazón en Tehuitzingo, participándole, que en la plaza de mi temporal residencia, estaba el Segundo Batallón del Estado del que era teniente coronel don Pablo Gutiérrez, jefe que comprometido ya con algunos amigos de Puebla, y después de haber tenido una conferencia conmigo estaba dispuesto a "pronunciarse"; pero que mientras se arreglaba la manera de verificarlo, hiciera Couttolenc por no separarse de ese rumbo; mandándome además mil pesos para repartirlos entre las familias de los oficiales, y seis pistolas para los mismos.

Ese mismo día extendió el general Couttolenc, en el ya dicho Tehuitzingo despacho de coronel a don Mucio Martínez, y el catorce del propio mes tomó Martínez el mando de las fuerzas de caballería, que tuvieron antes como jefe, al infortunado Marcos Bravo.

Recibió mi carta el señor Couttolenc y avanzó hasta Colucan, desde donde me contestó, mandando para que me ayudara a su secretario, licenciado Antonio Bonilla, y autorizándome para que pidiera a su nombre y cuenta los mil pesos y las pistolas.

Como ni una ni otra cosa era fácil conseguir en Izúcar, hice viaje a Puebla, de donde regresé el nueve, trayendo lo que necesitaba y encontrándome con la nove-



dad de que Gutiérrez estaba en cama. Esa misma noche entregué a Gutiérrez las pistolas y deposité el dinero en la casa comercial de don José María Fuentes.

En tanto, el general Couttolenc había avanzado el día siete a Chietla, villa en la que permaneció el día ocho; el nueve a la hacienda de Atencingo, ingenio en el que el señor don Francisco Marrón les obsequió un cañoncito verde, que anduvimos trayendo durante el resto de la revolución y al que por su tamaño y color bautizamos con el nombre de la "Iguana".

El día diez salió Couttolenc para la hacienda de Tenango y el once para Jonacatepec, punto en el que permaneció hasta el día quince, en el que recibió correo mío, avisándole que se suspendía el movimiento en Izúcar, porque Gutiérrez en estado grave había sido transportado a Puebla y por lo mismo ya no teníamos con quién entendernos.

Ese mismo día abandonamos Izúcar el licenciado Bonilla y yo, saliendo para Jonacatepec; cuando llegamos a esa plaza el día dieciséis, supimos que Couttolenc había salido la madrugada de la víspera para auxiliar al general Inocencio Guerra que atacaba la ciudad de Cuautla a la que llegó cuando ya se habían rendido los sitiados.

Por fin, logramos incorporarnos el señor Bonilla y yo a los nuestros en Cuautla, plaza a la que llegamos el diecisiete de abril a las ocho de la mañana.

#### - X -

Muerte del teniente coronel Gabriel Alatriste en la acción de Tlayecapa.—Fusilamiento de los jefes Charné, Perea y Sánchez en el Pueblo de Huantla

Ese mismo día, se hizo imperiosamente necesario, arrestar a los jefes Chorné, Perea y Delfino Sánchez, que si bien es cierto ayudaron a tomar la plaza de Cuautla, también lo es que cometieron tantos abusos, desórdenes y depredaciones, que dieron lugar a tan justificadas quejas de parte del vecindario, que el señor Couttolenc, celoso del buen nombre de la causa revolucionaria, tuvo que entregarlos a un Consejo de Guerra, para que los juzgase.

Serían las dos de la tarde, cuando se tuvo noticia que Leyva, gobernador del Estado de Morelos, había salido de Cuernavaca, capital del mismo, dispuesto a atacarnos.

Se resolvió esperarlo fuera de la ciudad, para no comprometer a Cuautla, que acababa de ser sitiada, y a las tres y media de la tarde salimos de ella, haciendo una corta parada en el pueblo de Huaxtepec. Allí se ordenó que nuestra vanguardia, compuesta de ochenta hombres de caballería, al mando del teniente coronel Gabino Aguilar, siguiera de frente hasta encontrar las avanzadas del enemigo, lo que logró cuando comenzaba a obscurecer, y tiroteándolas continuamente, avanzó sobre ellas y las obligó a replegarse al pueblo de Tlayecapa.

Una vez que el enemigo llegó a este pueblo, a propósito para hacer resistencia, se apoderó de los tecorrales\* que utilizó como trincheras, y ya parapetado abrió un fuego activísimo sobre los nuestros, a los que hubo necesidad de proteger; or-

\* Cercas de piedra suelta, que limitan los sitios de las casas de los pueblos de tierra caliente.



denando que avanzara al sitio de combate el batallón Porfirio Díaz mandado por el teniente coronel Gabriel Alatriste, segundo jefe del cuerpo que llevaba horas de haber ingresado a él, y este valiente jefe, a la cabeza de los suyos, se arrojó con gran furor sobre el enemigo, al grado de mezclarse con los de Leyva, y en lo más fuerte de la refriega, cayó para no levantarse más con dos heridas de machete y um balazo.

En aquella desventurada acción murieron, además del malogrado jefe Alatriste, dieciocho hombres del batallón Porfirio Díaz, tres de las otras caballerías y hubo como nueve heridos entre los nuestros.

Hay que advertir, que días antes tomamos prisionero al comandante enemigo don Crescencio Castillo, quien, en lo álgido del combate que con los contrarios se sostenía, fué envuelto por ellos y que llevado a la presencia de Leyva, éste no quiso tomarse el trabajo de averiguar si era fiel o pronunciado y al día siguiente lo mandó sacrificar, es decir, fusilar a la entrada del pueblo de Xiutepec.

A cosa de las ocho de la noche el fuego había cesado por completo, quedando el enemigo posesionado del pueblo y mosotros en las orillas, sin poder avanzar por lo accidentado del terreno.

A media noche nuestros "escuchas" dieron aviso de que dentro del pueblo se notaba movimiento y ladraban mucho los perros, dió orden el general de que nadie abandonase su puesto y estuvieran listos para el ataque a la primera señal; al amanecer pudo observarse que el enemigo se había retirado, y cuando estaban listos para atacar la plaza los batallones Octavo y Porfirio Díaz, salió un hombre del pueblo, asegurando que las tropas se habían marchado.

Entonces se formaron las infanetrías, y el coronel José de la Luz Molina, con treinta exploradores de a caballo, fué enviado a reconocer la cercana plaza, mandando aviso a poco tiempo de que efectivamente ésta había sido desocupada.

Cuando llegamos al pueblo, encontramos en él cadáveres abandonados de las fuerzas del enemigo, así como también dos caballos muertos que fácilmente reconocidos, que eran éstos los del coronel León Ugalde y Juan Fandiño, jefes que iban acompañando al gobernador Leyva.

Abandonamos sin ningún obstáculo el pueblo de Tlayecapa, llevando atravesado en una mula el cadáver del infortunado teniente coronel Alatriste, hasta llegar a la hacienda de Pantitlán donde pudimos conseguir una "criba" en la que se transportó el cuerpo del compañero, y al ascender la Cuesta del Caracol nos encontró el general Inocencio Guerra con sus tropas, conferenció con el general Couttolenc y se acordó que Guerra quedara en ese sitio.

Poco después seguimos la marcha a Yautepec y al llegar a esta población se dió en ella sepultura al cuerpo de Alatriste.

De Yautepec salimos a las cuatro de la tarde para pernoctar en Tlaltizapán, a donde llegamos a las once de la noche del dieciocho de abril.

El diecinueve rendimos jornada en los Hornos, el veinte en el pueblo de Huautla.

Allí se hizo efectiva la sentencia dictada por el Consejo de Guerra en contra de Chorné, Perea y Delfino Sánchez y con las formalidades que el caso requería fueron pasados por las armas.

El veintiuno llegamos a Jolalpa, el veintidos a Chiautla, Estado de Puebla, el



veintitrés a Tejalpa, el veinticuatro a Piaxtla y finalmente el veinticinco a Acatlán, cabeza de distrito del Estado de Puebla, en donde como se verá en el capítulo siguiente, nuestras fuerzas hicieron una estancia de veinticuatro días, contados del veintitrés de abril al diecinueve de mayo del regenerador año de mil ochocientos setenta y seis.

#### - XI -

Se funde en Acatlán nuestra primera artillería, utilizando fondos viejos de alambique.—Ocupación de la plaza de Izúcar de Matomoros

Por fin, después de tantas fatigosas caminatas hicimos estancia de veinticuatro días en la calurosa ciudad de Acatlán, no tanto para descansar, por más que bien lo necesitábamos, sino para dar una buena organización a nuestras tropas, y sobre todo, para resolver un problema de alta importancia, hasta entonces insoluto: es decir, el de proveernos de artillería, sin la cual las fuerzas contrarias tendrían a la larga que exterminarnos.

¡Cobre... hornos de fundición... taller de carpintería...!

Eso era pedir "peras al olmo", pero si faltaba todo esto, sobraba valor, constancia, entusiasmo y energía, y con esos valiosos elementos nos echamos a buscar un fundidor, teniendo la buena fortuna de encontrar a un hombre de apellido Bazán, que se comprometió a hacer lo que pudiera; juntamos cobre de donde se pudo, recurriendo hasta fundir fondos viejos de alambique y a falta de carrocero, que ni para remedio lo hubo, hicimos que una carpintería del lugar se encargara de armar las cureñas de nuestros futuros cañones.

Bazán, el fundidor, hizo los moldes por principio de cuentas y para calibrar nuestras piezas se le proporcionó una granada de las que sirvieron a los cañones de Loaeza cuando lo derrotamos en Tlachinola; por fortuna, y me faltó consignar este dato en el capítulo respectivo; Loaeza huyó tan de prisa, que en nuestro poder y como botín de guerra, quedaron dos mulas cargadas con cuatro cargas de granadas. Una vez más el enemigo nos proporcionó ese pertrecho tan útil y necesario para dar calibre a nuestras bocas de fuego, que fueron dos cañones rayados de siete centímetros y sin tornear porque no hubo en qué hacer esa operación. Lo demás fué obra de paciencia y de habilidad.

El diecinueve de mayo todas nuestras fuerzas, ya en regulares condiciones de ataque y de defensa, salieron de Acatlán rumbo a Santa Inés Ahuatempa, mientras que yo, encargado de otra comisión, tomaba también camino a Tochimilco.

Ese mismo día llegué a Tehuitzingo, el veinte a Izúcar, el veintiuno al lugar de mi comisión, en el que encontré a los jefes Jesús Quiroz, Ceferino Saldívar, coronel Guadalupe Tlapale y otros de menos graduación.

Todas las fuerzas que comandaban los jefes antedichos, harían un total de ochocientos hombres.

Desahogué mi comisión, manifestándoles que el general Couttolenc deseaba que permanecieran unidos a fin de que en el momento oportuno se le incorporaran; dijéronme que cumplirían con lo dispuesto, pero que antes tenían dispuesto atacar la plaza de Izúcar, aprovechando la oportunidad de que aún no habían recibido re-



fuerzos los que ocupaban esa plaza, y en vista de su determinación salí con ellos el día veintidós para Tepeojuma.

El veintitrés prosiguieron su marcha a Izúcar, y yo regresé, caminando día y noche adonde llegué a las cuatro de la mañana del veinticuatro a Tecamachalco.

Alli habían pernoctado las fuerzas nuestras, aumentadas ya por las fuerzas de Oaxaca que se les incorporaron en San Juan Ixcaquixtla, debiendo continuar ese día, según órdenes recibidas en marcha para Tepeaca.

Ocurrí a buscar al general Couttolenc a su molino, en el que tenía alojados también a los generales Fidencio Hernández y Luis Mier y Terán, a quienes me presentó ordenándome les manifestara el punto de donde venía, así como el número de fuerzas que había dejado reunidas: produje mi informe lo más detallado posible, y al terminarlo el general Couttolenc me sucedió en el uso de la palabra y dijo:

"Soy de opinión que ya no salgamos para Tepeaca sino que hagamos la marcha para unirnos a esas fuerzas que ha dejado X.X. en Tepeojuma: a nuestra llegada entiendo que se habrán reunido los "sueltos" que andan por allá y de golpe aumentamos nuestras fuerzas con mil hombres más; si resolvemos asediar a Puebla, lo haremos por el lado de Atlixco; Matamoros Izúcar tiene buenos elementos por sus haciendas, y en caso dado, tendremos más recursos en ese rumbo que en otro cualquiera".

Los señores generales Mier y Terán y Hernández aceptaron sin réplica, y se anuló la marcha a Tepeaca, ordenándose que las fuerzas salieran para Molcaxac, lo que se efectuó a las ocho de la mañana.

Yo me quedé en Tecamachalco diciendo a Couttolenc que los alcanzaría después de dormir algunas horas y asintiendo el general, me dejó uno de sus caballos, porque el mío estaba casi "reventado".

A las tres de la tarde recibí la noticia de que al día siguiente llegaría el general Alatorre a la estación de Rinconada con una fuerte división para perseguirnos, y a las cuatro salí de Tecamachalco, llegando a Molcaxac a las ocho de la noche.

Reinaba ahí una gran alarma, porque se tenía como cosa cierta, que el enemigo tomando el camino de Tecamachalco a marchas forzadas, debía llegar de un momento a otro a Molcaxac.

El general Terán tenía ya listas todas las fuerzas para el combate.

Me presenté al general Couttolenc, preguntándole el motivo de tan bélicos aparatos, y éste me contestó:

"Vaya que usted X.X.: sé, de una manera absolutamente segura, que el general Alatorre, llegó a las doce a Tecamachalco".

"Pues miente quien así lo haya informado", repliqué inmediatamente al general Couttolenc. "Yo salí a las cuatro de la tarde y nadie había llegado a esa plaza; además, a la una llegó ahí una persona procedente de Puebla, la que me informó que mañana desembarcarán en la estación de Rinconada unas fuerzas que vienen a aumentar la columna del general Alatorre".

Ante lo categórico de mi afirmación, de cuya exactitud salí garante, cesó desde luego la injustificada alarma que entre los nuestros se había despertado.

Al día siguiente, veinticinco, dije por la mañana temprano a los generales Couttolenc y Terán, que, "puesto que la intención era incorporarse con las fuerzas



que andaban por Matamoros, me parecía prudente adelantarme a verlas con objeto de que esperaran y no fueran a tomar otro rumbo".

Aceptaron mi propuesta, y salí antes que las fuerzas; llegué a Teopantlán a las tres de la tarde, remudé caballo que me facilitó el cura del lugar, y seguí mi marcha, encontrando cerca del pueblo de San Felipe de la Laguna a dos individuos que de "correos" mandaba el coronel Tlapale al general Couttolenc, dándole parte de la toma de la plaza de Izúcar.

Con los mismos correos mandé un recado escrito con lápiz a Couttolenc, dándole aviso de continuar mi marcha a Matamoros, en donde le esperaría.

Esa misma noche pernoctaron nuestras fuerzas en Huehuetlán y llegué yo a Matamoros encontrándome con que después del ataque a la plaza, se habían rendido los del Gobierno, a condición expresa de que les admitieran capitular, lo que se les concedió, saliendo desde luego los capitulados para Puebla.

Ya con datos precisos y detalles minuciosos, puse correo al general Couttolenc, el que marchó para San Felipe de la Laguna el veintiséis y llegó por fin a Izúcar de Matamoros, el sábado veintisiete de mayo a las ocho de la mañana.

#### - XII -

### En visperas de una gran batalla

El sábado veintisiete de mayo, a cosa de las diez de la mañana, se recibió correo, avisando que el veintiséis había pernoctado en Huehuetlán el general Alatorre.

Los generales Terán y Couttolenc decidieron practicar un reconocimiento en el convento de Santo Domingo, sitio al que los acompañé, y en una de las bóvedas se pusieron a hacer cálculos, resolviendo que allí debía esperarse al enemigo. Visitamos después los cuarteles en que se encontraban las tropas y a la una de la tarde nos separamos.

A las cuatro y media de la tarde llegó la diligencia de Puebla y algún jefe subalterno, comenzó a hacerle preguntas al conductor de la misma, preguntas a las que no respondió sino ambiguamente.

Indignado el jefe, hizo aprehenderlo, dando aviso a Couttolenc, quien ordenó que lo llevaran a su presencia. Preguntóle por su parte y el conductor se limitó a contestar que llevaba recados verbales para mí...

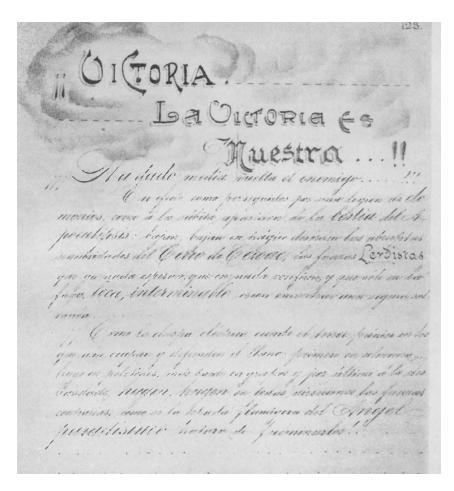
Me mandó llamar el general, diciéndome lo ocurrido y desde luego hice que entrara, y en presencia de Couttolenc me dijera los recados que le habían confiado.

Estos eran avisos de nuestros amigos de Puebla referentes a las fuerzas y jefes que traía la división de Alatorre, división que en conjunto estaba formada por unos tres mil ochocientos hombres.

Poco después se citó a Junta de Generales en la casa del señor don Mariano Espejo y a ella concurrieron los señores Couttolenc, Fidencio Hernández, Luis Mier y Terán, Mariano Jiménez y el coronel Mauro Vázquez.

Calurosos fueron los debates, sobre si convenía esperar al enemigo dentro de la plaza o fuera de ella; pero al fin, por unanimidad, se convino en salir a esperarlo a campo raso, pidióseles opinión a los conocedores del terreno sobre el punto





(Cortesia del Sels salla ete R Gómez





más a propósito para preparar una "emboscada", resolviendo aquéllos, el mejor para ese intento; era el conocido con el nombre de "Las Bocas".

#### - XIII -

#### La gran batalla de San Juan Epatlán

Domingo veintiocho de mayo de mil ochocientos setenta y seis

Frescos y palpitantes viven en mi memoria y en mi corazón los múltiples detalles y las heroicas fases de aquella notabilísima función de armas.

Quiso mi buena suerte que fuese actor humilde y presencial testigo de aquel famoso combate, que necesitaría para ser regiamente descrito, la broncínea lira de un Píndaro, o el verbo robusto y relampagueante de un Víctor Hugo, narrando en homérico lenguaje el trágico y glorioso desastre de "Sedan"; empero, ya que mi torpeza no puede vestir con el imperial tisú de la palabra, la majestad sublime de aquel hecho, quédeme al menos la legítima satisfacción de detallar con una minuciosidad, que estoy seguro que hasta hoy nadie ha empleado, los épicos incidentes que concurrieron en aquel día de justas y enorgullecedoras remembranzas para nuestra causa.

Treinta y tres años hace, y seguro estoy de que al leer estas toscas líneas, se humedecerán los ojos de los jefes y soldados supervivientes, pletóricos de emoción y ternura, y recordarán aquel día en que, si bien cernióse trágicamente la muerte sobre el campo de batalla, nimbó en cambio con sus brillantes arreboles a vivos y a muertos, el fulgurante sol de la victoria.

Y si alguno creyese que exagero, que abulto hechos, o que me ciega el amor al caudillo y a su causa, consulte con los que viven, amigos o enemigos de los muertos; recoja opiniones aisladas; lea recortes de la prensa de aquel tiempo, y verá cómo al final de cuentas, no hago más que ceñirme a la histórica verdad de aquel épico suceso.

Y para que los lectores se formen una idea de la importancia de aquel encuentro, paso a consignar a guisa de prólogo algunos datos numéricos, cuya exactitud garantizo.

El fuego graneado, ensordecedor e ininterrumpido duró cerca de ocho horas. Los nuestros, como luego lo pormenorizaré, fueron municionados diez veces durante la acción y quemaron centenares de miles de cartuchos.

Tres días después, cuando personalmente recorrí el sitio de la acción, había, calculo, mil doscientos nuertos de ambos bandos en el glorioso campo de batalla.

El fuego fué tan cerrado que puedo consignar este curiosísimo detalle: nuestra artillería fué colocada bajo una pequeña arboleda, la que por ser el exuberante y primaveral mes de mayo, estaba materialmente vestida de hermosísimo follaje.

Cuando terminó la batalla no quedaban más que árboles enteramente "pelones", semejando trágicos esqueletos, sin sudario.

Por último, el general Alatorre, jefe de la división enemiga, con una sinceridad que le honra, en el parte oficial publicado por el *Monitor Republicano*, y dirigido al entonces Ministro de Guerra, asienta textualmente estos conceptos:

"¡¡Em Epatlán, creí combatir con hombres y twoe que pelear con leones...!!"



Ahora bien, hechas estas salvedades, entro de lleno en la hermosa narración de aquellos hechos.

Son las seis y media de la mañana de aquel memorable domingo veinticinco de mayo de mil ochocientos setenta y seis; en la atmósfera, en el espíritu, y en todas las cosas flota ese inexplicable "no sé qué" precursor de los grandes acontecimientos; aunque el sol brillaba con reverberaciones de metal en fusión, para quien conoce la "nierra caliente" no le sería difícil predecir que: no concluiría el día, sin un aguacero torrencial, que refrescara la caldeada superficie de la tierra.

Nuestros soldados listos y con todos sus pertrechos, se alínean en una larga fila; muchos de ellos, ya alegres, ya silenciosos, no sospechan, porque el destino es arcano, que no volverán a ver lucir el sol de un nuevo día.

Los clarines dan el toque de "marcho" y abandonan la ciudad de Izúcar con rumbo a "Las Bocas", las fuerzas de la "División Regeneradora", compuestas de la manera siguiente:

Primera división al mando del general don Fidencio Hernández.

#### Fuerzas de Oaxaca:

Brigada de Caballería al mando del coronel don Tiburcio Montiel	
"Cuerpo de Lanceros" — coronel Francisco Villaseñor	220
"Cuerpo de Lanceros" — coronel Ignacio Vázquez	230
"Lanceros Yanhuitlán" — N. Higareda	60
Total	510
Brigada de Infantería	
"I° de Libres" — coronel Antonio Pacheco	430
	511
"Mixto de Oaxaca N. N	480
Total	1,421
Segunda división al mando del general don José María Couttolenc.	
Fuerzas de Puebla:	
Brigada de Caballería a las órdenes del coronel don Mucio Martínez	
"Fuerzas de tierra caliente" — coronel Manuel Medel	150
"Fuerzas de tierra caliente" - coronel N. Mechaca	110
"Escuadrón Acultzingo" — teniente coronel Higinio Aguilar	150
"Escuadrón Chiautla" — coronel Jesús Quiroz	70
"Escuadrón Morelos" — comandante Modesto Reyes	55
*Escuadrón Guerrero" — comandante Jesús Ricardo	7:
"Escuadrón Izúcar" — comandante Bonifacio García	50
Total	660



### ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

### Brigada de Infanteria a las órdenes del coronel Ramón Ríos

mayor go "Cazadores" "Guerrero" ( ronel Ra "Chiautla" — "Izúcar" —	rfirio Díaz", al mando del teniente coronel Manuel Zamacona y eneral Mauro Vázquez  (antes 8°) teniente coronel Rafael Gasca de Tecamachalco) coronel Joaquín de la Barreda y teniente cofael Rodríguez  teniente coronel Ramón Díaz coronel Guadalupe Tlapale pexi" — teniente coronel Antonio Camarillo	360 290 190 260 90
	Total	1,360
	icompen;	
Caballerías:	De Oaxaca 510	
	De Puebla 660	1,170
Infanterías:	De Oaxaca 1,421	
	De Puebla 1,360	2,781
	Total	3,951

Artillería de Oaxaca al mando del teniente coronel Isidoro Díaz

Nueve cañones rayados de 7 centímetros (con dotación de artilleros). Dos obuses de montaña (con dotación de artilleros). Quinientas cincuenta cargas de parque, sobre poco más o menos.

### Artillería de Puebla:

Jefes: capitán Carlos Mangín, capitán Francisco Mateos y subteniente Domínguez.

Dos cañones de siete centímetros, sin tornear (con dotación de artilleros). Un cañón chico, verde, llamado "La Iguana" (con dotación de artilleros). Cuatrocientas cargas de parque.

Hizo "alto" la columna al llegar al punto de las "Bocas" recibiendo orden el jefe de las caballerías de proseguir su marcha hasta llegar a un llano situado al lado derecho del punto de parada y distante de él, cosa de dos kilómetros.

Nombróse también una "avanzada", compuesta de cincuenta dragones conocedores del terreno y al mando del capitán Higinio Juárez, con orden de tomar el camino real que conduce a Teopantlán, no deteniéndose hasta avistar al enemigo, a quien desde luego debía comenzar a batir haciendo una "retirada" en perfecto orden; y por último se comisionó al coronel Mauro Vázquez para que con cien hom-



bres del batallón Porfirio Díaz formase una segunda avanzada en el mismo camino que llevaba Juárez, sin retirarse demasiado lejos, buscando un punto a propósito para defenderse y sostener el fuego enemigo durante un rato, hasta el momento que juzgase oportuno, fingiera que ya no podía resistir la carga contraria, en cuyo caso se batiría haciendo también fuego en retirada para atraer, sin que se diera cuenta el enemigo, al ya dicho punto de "Las Bocas" en el que la emboscada se había dispuesto del siguiente modo:

"Las Bocas" es un sitio que por la posición topográfica de las lomas que lo forman, constituye una hondanada o garganta circuida de eminencias.

A la derecha de la misma, se colocaron los dos batallones de Libres; a la izquierda el resto del batallón Porfirio Díaz y el de Cazadores (antes octavo) y a la retaguardia, sobre el camino de Matamoros, se apostaron el Mixto de Oaxaca y los batallones Guerrero y Tepexi. Finalmente, en la cordillera de la izquierda se situó el parque al cuidado del batallón Chiautla, protegido por un cañón rayado. El grueso de la artillería que detallé antes, quedó emplazado en la hondonada de "Las Bocas".

Item, más; en un recodo formado por el extremo de una de las lomas de la cordillera, lugar enteramente oculto a las miradas del enemigo y sin embargo en campo nuestro, se situaron nuestras reservas de caballería, formadas por los dos pequeños cuerpos que mandaban los coroneles Villaseñor y Vázquez.

Así fueron colocadas nuestras fuerzas en espera del enemigo, con la absoluta seguridad de que si nuestras avanzadas lograban atraer a la división contraria hasta "Las Bocas", allí sería irremisiblemente derrotada.

A las once de la mañana, un lejano tiroteo nos indicó que nuestra primera avanzada, se había dado encuentro con la del enemigo; éste desprendió desde luego sus caballerías por el lado donde las nuestras estaban (llano a la derecha del camino de Teopantlán), y acercándose a regular distancia rompió el fuego, haciendo tomar parte en esa carga a los regimientos: Tercero, Séptimo y Primero de caballería, así como el famoso Sexto Cuerpo Rural, mandado por Villagrán.

Trabóse un rudo combate en el llano, que duró cosa de veinte minutos, durante los cuales sostuvo el fuego el coronel Mucio Martínez con sus subordinados, ordenando este jefe, por medio de sus ayudantes, a los coroneles que a su mando llevaba, la simulación de una retirada en falso, retirada que se efectuó con un orden y precisión admirables.

Engañado el enemigo, engolfóse, cargando con más furor sobre los nuestros, a quienes supuso en vergonzosa fuga y cuando creía alcanzar una completa victoria, el coronel Martínez mandó hacer alto, ordenando media vuelta y dando frente al enemigo; se organizó para el ataque, en el preciso momento en que del recodo oculto a los contrarios de que antes hablé y en el que se encontraban nuestras reservas de caballería, formadas por doscientos setento y cinco hombres de las fuerzas de Oaxaca y al mando de los coroneles Villaseñor y Vázquez, salieron éstos como vomitados por la tierra, se unieron a los del coronel Martínez, cargaron bizarramente sobre los de Alatorre, hicieron una sola descarga de armas de fuego, ayudados de dos compañías del Segundo de Libres, al mando del capitán Celestino Pérez, y empuñando lanzas y machetes, se arrojaron sobre el enemigo, desmoralizándolo, dispersándolo después, y poniéndolo por último en vergonzosa fuga, puesto



que, volviendo grupas y a uña de caballo, no pararon sino hasta el pueblo de San Juan Epatlán, en el que estaba el grueso de la columna de Alatorre...!!!

Enspero, aquel brillantísimo triunfo costó la heroica vida del comandante don Modesto Reyes, muerto valientemente en el campo de combate.

Eran casi las once y media de la mañana y ya el sol de la victoria había acariciado a las erguidas frentes de los nuestros.

En esta primera fase del combate, puede decirse que prácticamente estaba ya derrotada la caballería enemiga; y tan fué así que como valioso trofeo teníamos ochenta prisioneros entre los que se contaban cosa de dieciocho del famoso Sexto Rural de Villagrán, así como un buen repuesto de carabinas de "a doce", que era el armamento que traían los regimientos Tercero y Séptimo del contrario y que en su fuga, se dejaron quitar de los nuestros, que orgullosamente traían a la grupa del caballo, algunos hasta tres carabinas arrebatadas al enemigo...!!!

Cuando esto pasaba, quedaron en el punto de "Las Bocas" los generales Fidencio Hernández, Mariano Jiménez, Ballesteros, Chavarría y Luis Mier y Terán, Cuartel Maestre de los nuestros.

Al mismo tiempo, el general Couttolenc, tomando el camino del cerro en que estaba acampado el batallón de Chiautla con un cañón rayado y con encargo de custodiar el parque; ordenó que lo acompañásemos el coronel José de la Luz Molina, don Manuel Díaz y yo; llegamos al sitio en que estaba formado el batallón con su jefe, teniente coronel Ramón Díaz, a la cabeza; allí dispuso el general Couttolenc que dos conocedores del terreno avanzaran entre la palizada, hasta descubrir el lugar que ocupaba el enemigo.

Transcurridos unos veinticinco minutos, regresaron los exploradores, avisando que habían descubierto una fuerza de infantería formada al pie del cerro, situada al lado izquierdo del pueblo de Epatlán.

Entonces el general Couttolenc ordenó que se cargaran el cañón, la cureña y dos cajas de parque en sus respectivas mulas, y precedidas de una guerrilla de cincuenta hombres del batallón Chiautla, emprendimos la marcha sobre la loma, con grandes trabajos, porque había mucha palizada seca, haciendo alto en el lugar en que los exploradores habían descubierto a la fuerza enemiga.

Pie a tierra acompañamos al general a practicar un reconocimiento, tanto porque no se podía andar a caballo, como porque era indispensable el silencio para no ser descubiertos.

Buscóse sitio a propósito, y en él armóse el cañón, colocándose los cincuenta tiradores entre la palizada, quedando de reserva el resto de las fuerzas para ocurrir a donde fuese necesario.

Ya todo listo, se disparó nuestro cañón a la columna que abajo estaba, al mismo tiempo que nuestra fusilería; sorprendióse el enemigo, pero desde luego desprendió sobre nosotros tres grupos como de cien hombres cada uno, dos por los flancos y uno al frente nuestro, los que cargaron sobre nosotros enérgicamente, sin dar tiempo a que se les hiciera más que otros dos disparos de cañón, porque fatalmente todos los infantes de Chiautla, eran reclutas que al recibir el bautizo del fuego dieron media vuelta dejándonos en muy apurada situación.

En aquellos críticos momentos, el general Couttolenc, tuvo que hacer personalmente los disparos a que antes me refiriera, auxiliado por el coronel Molina y el



señor Ordaz, mientras para salvar nuestra pieza, ayudaba yo violentamente a los artilleros y arrieros a cargar el parque y poner sobre las mulas cañón y cureña.

Acudieron el teniente coronel Ramón Díaz y el coronel Tlapale; el primero con el resto del batallón desbandado, y el segundo con su "piquete" de infantes de Izúcar y entre ambos contuvieron al enemigo, obligándolo a hacer alto, a disminuír la intensidad de su fuego y a que se establecieran líneas de defensa en uno y otro campo.

Así terminó esta segunda fase del combate en la que perdimos como trescientos metros, que habíamos logrado avanzar en campo enemigo.

Retiróse el general con sus acompañantes, hacia donde estaba nuestra columna de infantería, sitio en el que recibió el parte de que el nutridísimo fuego que desde las once y tres cuartos habíamos estado escuchando, era cerca del pueblo de Epatlán, siendo el coronel Mauro Vázquez quien lo sostenía a pesar de que el señor general Mier y Terán le había ordenado que hiciese fuego en retirada, orden que se negó terminantemente a obedecer.

Y aquí encaja que ni de molde, una aclaración que intencionalmente no quise hacer desde el capítulo anterior: fué el caso, que la víspera de la batalla, se supo que el coronel Vital Escamilla, andaba con cosa de trescientos hombres de caballería por el rumbo de Chiautla; y como fuera de los nuestros, despachóle el general Couttolenc a hora oportuna un correo con el carácter de urgente con el que le ordenaba que: emprendiera desde luego su marcha, procurando seguir el camino de Teopantlán, hasta avistar la extrema retaguardia del enemigo y que cuando éste entrase en combate con los nuestros, lo atacara inopinadamente, por cualquiera de sus flancos. Eran cerca de las once del día siguiente y Escamilla no acudió, ni antes ni después de la acción, confesando pasado algún tiempo, que había recibido oportunamente el correo, pero que no acudió porque sus fuerzas no pudieron pasar el río que estaba muy crecido!!!

Si el auxilio de Escamilla hubiera llegado oportunamente, atacando de improviso al enemigo y, si el coronel Mauro Vázquez obedeciendo la orden, hubiera batídose en retaguardia atrayendo al enemigo a las "Bocas", repito que irremisiblemente hubiéramos obtenido la más espléndida de las victorias.

Hecha esta necesaria disgresión, paso a reseñar la tercera y más formidable fase del combate.

Ya he dicho que el coronel Mauro Vázquez desobedeciendo la orden de hacer fuego en retirada, se propuso sostener el fuego del contrario, lo que logró por un largo rato; pero el general Terán, calculando la superioridad numérica del enemigo que había engrosado su línea de ataque, se vió obligado a reforzar a Vázquez, enviando el Segundo Batallón de Libres, y como a pesar de esto el fuego se hacía más formidable, Terán, cuartel Maestre de la División Regeneradora, tomó el mando del Mixto de Oaxaca y poniéndose a la cabeza del mismo dió una carga cerrada, heroica y terrible a los de Alatorre, llegando en su arrojo hasta mezclarse con las fuerzas contrarias, las que no desaprovecharon la oportunidad de tomarlo prisionero.

El coronel Olivera, sin desmentir su fama de valiente, emulado por la heroicidad de Terán, no quiso ser menos que su jefe y sucumbió gloriosamente en lo más terrible y álgido de aquella brava embestida.



Entonces se desarrolló la verdadera batalla de aquel día, haciéndose general el combate por todas partes. Nuestra artillería y la contraria emprendieron un duelo a muerte formidable; las descargas de fusilería eran tan nutridas, que sólo pueden compararse al ruido que produce una banda tocando marcha a tambor batiente; compañeros que segundos antes nos dirigían una frase amistosa o un consejo caían a a diestra y siniestra para no levantarse más; algunos sucumbían apretando entre los dientes el cartucho virgen que debió servirles para una nueva descarga y otros agonizantes, y rodeados de verdaderos montículos de parque metálico disparando, hacían heroicos esfuerzos, tirados ya, para cargar nuevamente su arma...!!!

Esta grandiosa epopéyica escena duró desde el medio día hasta poco antes de las cinco de la tarde: hora en que la cólera de Dios, no queriendo conceder la victoria ni a propios ni a contrarias, desató un formidable aguacero, con descargas eléctricas y granizo, y aplacó así el fuego y la rabia de las dos facciones contendientes...!!!

Y ya que ofrecí pormenorizar, por qué los nuestros quemaron centenares de miles de cartuchos, diré sencillamente que la primera parada que recibió al amanecer cada soldado de los nuestros, fué de cien cartuchos, y que durante el día se refacción nueve veces más a cada uno con dotación de cincuenta tiros, excepción hecha a la Brigada de Caballería que desde la mañana derrotó a la del contrario y de los batallones Guerrero y Tepexi que como más adelante diré quedaron de reserva.

Aquella infortunada o salvadora tempestad, aquel torrencial chubasco, duró muy cerca de treinta minutos; y cuando el sol muriente volvió a lucir en el ocaso, reanudóse trágico, exterminador y formidable el fuego de fusil y artillería...!!!

Pero esta cuarta y última fase del combate merece, por los épicos sucesos en ella ocurridos, descripción com puntos suspensivos y aparte...

Eran las cinco y media de la tarde: el agua encharcando el extenso campo de batalla había lavado en parte la sangre de los muertos; el fuego de cañón y fusi-lería, lento al principio, se activaba momento a momento, adquiriendo la potencia ensordecedora que antes tenía; sin embargo notamos que nuestra batería no contestaba tan enérgicamente como lo había hecho siempre a las bocas de fuego del contrario.

Entonces el general Couttolenc, deseoso de aclarar el porqué de aquella lentitud de nuestras artillerías, se dirigió al sitio en el que estaban emplazadas nuestras baterías, disponiendo que lo acompañásemos el coronel José de la Luz Molina, don Manuel Díaz Ordaz y yo, además de una escolta de treinta rifleros de Acatlán.

Al llegar a aquel punto un espectáculo sublime sobrecogió de admiración nuestros espíritus... los cinco árboles que defendían nuestra artillería, vestidos en la mañana de un pomposo ropaje, no eran más que troncos escuetos y desnudos, porque las balas enemigas se habían encargado de mutilarlos impíamente...!!!

De la dotación de cincuenta hombres heroicos sólo quedaban tres, ennegrecidos por la pólvora, y dos valientes oficiales: Francisco Mateos y Carlos Mangín exhaustos de fatiga...!!! Al pie de las cureñas destrozadas, en actitudes heroicas, agonizantes umos y muertos los demás, yacían aquellos bravos a quienes la inmortalidad había hecho su postrer caricia...!!! Y de aquel confuso hacinamiento de cadáveres, frente aquel campo que azulaba por los uniformes de ese color que porta-



ban los caídos, y a los que la reciente lluvia había salpicado con la iridiscencia de sus lágrimas; tranquilo, legandario, heroico y sublime, aureolado por los oros viejos del muriente sol de aquella tarde, firme y cuadrado marcialmente, sobre un montón de cadáveres, el valiente coronel Ramón Ríos dejó oír su entusiasta y robusta voz, que a Couttolenc decía:

"¡¡Mi general, el parte que pudiera rendir a usted lo está mirando... y levantando los brazos en un rapto de sublime lirismo exclamó arrebatado ¡¡¡Mire...!!! mi general, qué lindo está esto...!!! Mientras que con la diestra señalaba la tupida, la trágica, la espantable alfombra de cadáveres tendida sobre el mojado campo de combate..."

En aquellos precisos momentos se desprendió de Epatlán una de las columnas enemigas, llevando como jefe a la cabeza al general Corella. Dicha columna se arrojó bruscamente sobre nosotros a pesar de que se le hacía un fuego activísimo, que nos era en igual forma correspondido. El valiente teniente coronel Gasca, que era uno de los que al frente de los suyos contenía bizarramente al enemigo, quebró de improviso su caballo como para dirigirse a Couttolenc o a nosotros para comunicarnos algo, y sin causa aparente se desprendió de la silla cayendo boca arriba sobre el suelo. Violentamente encomendé las bridas de mi caballo al coronel Molina, que junto a mí se encontraba, y apeándome, me dirigí a levantar al caído, suponiendo que hubiera sido víctima de un ataque epiléptico de los que padecía. Cuando me incliné para enderezarlo, pasándole la mano derecha debajo de la cabeza, sentí algo húmedo y caliente, y al levantarlo, un chorro de sangre me convenció de que una bala había clareado el cráneo de mi infortunado amigo añadiéndolo a la iinumerable lista de los allí perdidos para siempre.

En tanto la columna enemiga avanzaba denodadamente sin hacer caso del mortífero fuego que recibía, distinguiéndose a cosa de setenta metros la silueta del general Corella, quien con la voz y con el ejemplo obligaba a los suyos a proseguir el asalto.

Viendo que la columna se nos echaba materialmente encima se ordenó al teniente de artillería Carlos Mangín que disparase la pieza sobre el enemigo... "Está cargada con granada, respondió el artillero". "Pues con lo que sea", se le respondió; y con muchas ansias, sin afirmar la puntería, sino simplemente al cálculo, jaló la "piola" y se produjo el disparo..."

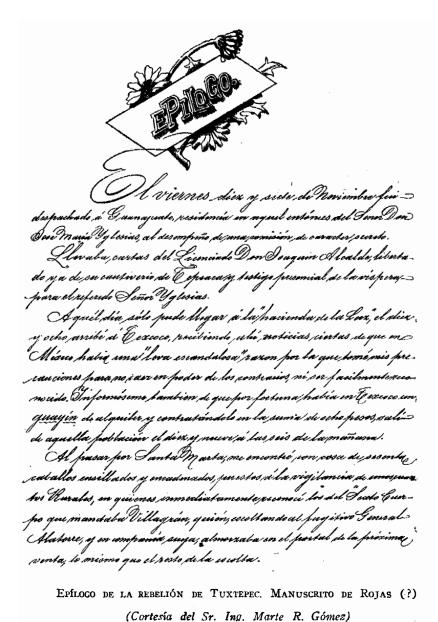
La humareda impidió que conociéramos desde luego los estragos; pero cuando comenzó a disiparse, el primero en ver los efectos del disparo fué el entonces pagador Miguel Alvarado, quien dijo al general Couttolenc: "Señor, merece su "medio" el artillero, porque ha rodado el jefe de la columna"...

En efecto, el general Corella, gravemente herido y con la cabeza destrozada, había caído al frente de su columna.

Esta se detuvo un momento para recoger al herido, que murió días después, y cargó nuevamente y con más furia sobre nosotros, al grado de llegar a veinticinco o treinta metros de nuestro frente y algunos más cerca todavía, como lo prueba el hecho de que al hoy brigadier Ramón Ricoy le agujerearon el pequeño sombrero fieltro que llevaba, de un balazo, y le incrustaron en la cara algunos granos de pólvora, proveniente sin duda de alguna arma enemiga...

Comenzó a oscurecer, y a la luz vaga e imprecisa de aquel hermoso crepúsculo





DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz13.html





vespertino, reconoció Ricoy al heroico cuanto porfiado Mauro Vázquez tirado en el campo de combate, y herido de dos balazos: uno en la pierna y otro en el brazo; cargólo llevándolo cosa de diez metros, y cuando lo depositó en tierra para descansar, su ayudante, Sabino Ramos, sustituyéndolo en aquella piadosa tarea, lo tomó en los hombros y cuando se alejaba para poner en sitio seguro a aquel denodado jefe, una descarga enemiga segó a un mismo tiempo la vida del generoso conductor y la del herido...

Oscureció por completo, y en aquella emocionante cuarta y última fase del combate, fueron las densas sombras de la noche las que impidieron dirimir esa contienda al ángel de la victoria!!!

Diez minutos después, a las siete de la noche, fué debilitándose el fuego, sin que esto fuera óbice para que el general Couttolenc me ordenara, a falta de ayudantes, porque éstos andaban en distintas comisiones, que me dirigiera desde luego a ordenar a los jefes de los batallones Guerrero, de Tecamachalco, y Tepexi, únicos que de refuerzo nos quedaban, que se acercaran a robustecer el fuego.

Cumplí la orden y los batallones se aprestaron diligentemente, pero al llegar al sitio de combate el enemigo había apagado su fuego por completo, y lentamente se reconcentraba en el cercano pueblo de Epatlán.

Era tan densa la oscuridad, que al regreso de mi comisión no pude encontrar al general Couttolenc, pero sí hablé al general Fidencio Hernández, que con su estado mayor se retiraba para Izúcar de Matamoros. Poco después, seguían el mismo camino todas nuestras mermadas fuerzas, llegando a esa plaza y en algún desorden las expresadas fuerzas a cosa de las diez de la noche.

A las once de la misma alcancé a Couttolenc en el puente de Santo Domingo dentro de aquella plaza en la que pernoctamos.

Sólo el bravo coronel Mucio Martínez, firme y con sus caballerías tendidas en el llano que hace frente a Epatlán, permaneció en actitud de ataque levantando el campo hasta bien tarde, pues llegó a Matamoros entre dos y tres de la mañana.

Así terminó aquella famosa y sangrienta batalla, cuyos frescos y palpitantes recuerdos viven y perdurarán, mientras exista, en mi memoria y en mi corazón.

Y ya que bosquejé, bien o mal, este verídico capítulo, no habré de cerrarlo sin que lo epilogue con la breve narración de las textuales palabras de uno de los generales, héroes de aquel día.

Cuando en la mañana, precursora de aquella batalla, se alineaban las fuerzas en la plaza de armas y Santo Domingo, diéronse encuentro los generales don Luis Mier y Terán y Chavarría... apretó afectuosamente el primero la mano del segundo, y al despedirse exclamó: "Compañero, este día o la muerte o la gloria...!!!

Ignoraba que horas después su arrojo lo haría caer prisionero en poder del enemigo y que debía sufrir un largo cautiverio en Santiago Tlaltelolco hasta el completo triunfo de nuestra causa.

Después, dirigiéndose a mí, me dijo estas palabras: "Cristiano: usted que es del terreno y que conoce a su gente, deme un buen guía que necesito"...

Por toda contestación le designé al hoy capitán Antonio Rojas, que actualmente se encuentra en el depósito de jefes y oficiales del ejército.



#### - XIV -

De veintinueve de mayo a tres de junio.—Gira por Colucán, rancho de Piletas, Patlanoaya, Ahuatlán, Huehuetlán, Tecamachalco, Santa Catarina y Acatzingo

El veintinueve de mayo a las siete de la mañana salimos para Colucán, punto en el que hicimos estancia de cosa de cinco horas que se emplearon en esperar la vuelta de nuestros exploradores, enviados en dirección del campo enemigo, para adquirir noticias del movimiento y rumbo que aquélla había tomado.

Interin se mandó pasar revista para ver el número de hombres con que contaba cada cuerpo, y el resultado fué desconsolador, porque se vió que del batallón Cazadores, antes Octavo que contaba con doscientas setenta plazas la mañana anterior, sólo numeraba, después de revistado setenta y dos hombres, que del de Porfirio Díaz que tuvo trescientos quedaban únicamente noventa y por el estilo estaban los demás, demostrando evidentemente que nuestras bajas habían sido innumerables.

A cosa de las cuatro de la tarde regresaron los exploradores avisando que el enemigo permanecía en Epatlán y que por una mujer que de allí venía supieron que las fuerzas del general Alatorre estaban materialmente hechas pedazos, que el número de sus muertos era muy grande, y que en la acción de la víspera habían perdido dos generales: Corella e Ibarra.

En vista de estos detalles los generales José María Couttolenc y Fidencio Hernández dispusieron que se prosiguera la marcha, lo que así se hizo, yéndonos a pernoctar a los ranchos de Piletas. En este punto se separaron de nosotros el general Quijano y el jefe Macario González, rumbo a Morelos y Tetela del Volcán, respectivamente, para reunir fuerzas propias, pues eran jefes sin mando.

El día treinta a las siete de la mañana se tocó llamada de honor a la que acudieron los jefes de alta graduación, resolviendo después de haber deliberado, que se siguiese la marcha hasta Patlanoaya, punto en el que volvería a cargarse al enemigo por la retaguardia.

Aquella misma mañana, en el lugar antes designado, convine con los señores generales Hernández y Couttolenc, que en cuanto el río bajase un poco, saldría para San Felipe de la Laguna en compañía del capitán Jesús Rodríguez, conocedor del terreno a fin de observar las posiciones del enemigo, mientras ellos con las fuerzas hacían su marcha para Ahuatlán, punto en el que me les reuniría al día siguiente, treinta y uno.

Salí al desempeño de mi comisión y logré llegar hasta la laguna que da nombre a aquel pueblo, sin encontrar quien los informara respecto de lo que deseábamos. Tuvimos que acercarnos hasta la entrada de San Felipe y en la primera casa que al azar tocamos salió a abrirnos un anciano, quien conociendo desde luego que éramos "pronunciados" nos dijo: "Señores, ¿qué andan haciendo? acaban de salir de aquí los del Gobierno que están en Epatlán; vinieron temprano con cincuenta y se acaban de ir, llevándose cuatro reses para comer; de éstas una ha sido mía".

Entonces le dije: que con pretexto de ir a reclamar su animal podía meterse entre ellos y darnos noticia de todo lo que viera.

Condescendió el anciano y el capitán Rodríguez, conocedor de aquellos lugares, le marcó el sitio en que debíamos esperarlo.

Una hora después regresaba al punto de cita aquel buen hombre, y nos in-



formaba de que todas las fuerzas contrarias permanecían en Epatlán a excepción de cosa de trescientos hombres que habían salido para Izúcar de Matamoros.

Ya con esa seguridad contramarchamos, Rodríguez y yo, para Ahuatlán, lugar al que llegamos a las cuatro de la tarde y en él encontramos hablando con el cura del pueblo a los generales Couttolenc y Hernández.

Di cuenta de mi comisión y resolvieron desde luego los generales que había que dar una nueva carga al enemigo.

"Pues si tal cosa piensan", les dije, "lo primero que deben hacer es repartir unos cincuenta hombres de a caballo apostándolos en todas las veredas, para que eviten el paso a toda clase de gente, que bien pudiera dar aviso al enemigo de nuestra permanenecia en este pueblo". "El cura con quien hablaban ustedes hace un momento", añadí, "es amigo de Romero Vargas, y por esta amistad, está en obligación de dar aviso a los de Alatorre".

Hízose lo que yo indicaba y comenzaron a activarse los preparativos de marcha, saliendo todas nuestras fuerzas de Ahuatlán a las ocho de la noche, exceptuándose a cosa de setenta y cinco hombres heridos levemente, a don Manuel Díaz Ordaz, al capitán Jesús Rodríguez y al que esto escribe, quienes quedamos encargados de la custodia del depósito de parque, asentamos nuestros "reales" en el pueblo antedicho.

Salieron los nuestros deseosos de sorprender al enemigo en Epatlán, llevando una descubierta muy adelantada de cosa de setenta caballos de los "Lanceros" que mandaba el coronel Ignacio Vázquez, quienes con verdadera imprudencia hicieron fracasar el plan concebido, porque sin que se sepa la causa dispararon algunos tiros a cosa de media legua antes de llegar a Epatlán y al oír las detonaciones unos piquetes de caballería del contrario que guarnecían el punto, huyeron camino de Matamoros, encontrando los nuestros el pueblo totalmente desocupado, toda vez que también las infanterías y el grueso de la columna de Alatorre habían salido por la tarde a ocupar la no muy lejana plaza de Izúcar de Matamoros.

En vista de aquel contratiempo contramarcharon las fuerzas nuestras, haciendo una larga jornada hasta tocar el pueblo de Huehuetlán, punto del que nos mandaron correo a los que cuidábamos el parque en el pueblo de Ahuatlán, ordenándonos que desde luego nos pusiéramos en marcha para incorporarnos al grueso de los nuestros en el punto ya dicho. Hicimoslo así, en efecto, y al amanecer del día dos de junio llegábamos a Huehuetlán, conduciendo el depósito de parque que se nos confiara.

Ese mismo día proseguimos ya juntos nuestra marcha hasta llegar al pueblo de Tepeyahualco situado a un lado del de Molcaxac, poblado en el que pernoctamos.

El día tres, a la madrugada, emprendimos la marcha para el pueblo de Santa Catarina, en cuyo punto forman encrucijada los caminos de Tecamachalco a Puebla y de Acatzingo a Tepeyahualco.

En aquella población (Santa Catarina) se adquirieron noticias seguras de que el enemigo estaba en Acatzingo, en número de trescientos hombres pertenecientes a las fuerzas del Estado y desde luego dispusieron los generales que se atacara ese punto, continuando las fuerzas y jefes la marcha a ese lugar, mientras yo recibía la orden de dirigirme a Tecamachalco a fin de conseguir desde luego dinero para socorrer a las tropas que llevaban dos días de no percibir un centavo de sueldo,



#### - xv -

3 de junio de 1876.—La acción de Acatzingo.—Un verdadero asalto dado a la plaza por los nuestros y coronado por una completa victoria

En cumplimiento de las órdenes recibidas llegué a Tecamachalco y ocupándome de recaudar fondos en aquella ciudad, escuché disparos de cañón no muy lejanos y me supuse desde luego lo que en realidad fué, esto es, que habían llegado a Acatzingo los nuestros y que estaban batiéndose con los del Gobierno.

No fui testigo presencial de aquel hecho, pero compañeros y amigos que de él fueron actores refiriéronmelo en la siguiente forma:

Cuando las fuerzas "Regeneradoras" llegaron a Acatzingo, los que en la plaza estaban, avisados oportunamente de su aproximación, tenían tomadas todas las alturas incluyendo las torres del lugar.

El coronel Mucio Martínez, jefe de nuestras caballerías y a la vanguardia del resto de la columna, llegó hasta la plaza principal del pueblo, siendo recibido con un fuego tan fuerte que se vió obligado a replegarse a las bocacalles cercanas, ordenando que se encadenara a la caballada, que quedó al cuidado de una parte de la fuerza, y con el resto, pie a tierra, acababa de organizar una columna de ataque, cuando llegaron nuestras infanterías y sin alterar en nada la colocación que traían, siguieron airosamente su marcha de frente, sobre el enemigo al que dieron un verdadero asalto, arrojándose a todos los puntos ocupados por los contrarios, mientras que el bizarro y valiente coronel Mucio Martínez, sin pérdida de tiempo, y con heroico denuedo, al frente de los suyos y animándolos con la voz y el ejemplo, tomó a viva fuerza el cementerio de la iglesia, no sin que hubiera sido preciso en lo álgido del asalto, hacer jugar nuestra artillería que disparó sobre los del Gobierno, regular número de descargas.

Este vigoroso y enérgico asalto duró muy cerca de tres cuartos de hora hasta lograr el completo desalojamiento del enemigo y su cabal derrota; y si la victoria sonrió a los nuestros, no lo hizo gratuitamente, sino exigiendo como valioso tributo las heroicas vidas de los mayores de los batallones Guerrero, de Tecamachalco, don Jesús Pérez, y Mixto de Oaxaca, don Apolinar Ríos, quien rindió el espíritu cla reado por una bala de carabina de doce, así como también costó la vida a un hermano del coronel Ignacio Vázquez y a cosa de setenta de nuestros valientes soldados, entre muertos y heridos.

Igual número sobre poco más o menos tuvo de bajas el enemigo; y para completar nuestra victoria se hizo prisionero al jefe político del distrito, de apellido Izurieta, dando después a las dos y media de la tarde un merecido descanso a nuestras valientes tropas, que combatieron ese día sin pre y sólo por amor al prestigioso caudillo de la causa.

A las seis de la tarde de aquel día, y frescos todavía los lauros de aquella victoria, desalojaron los nuestros la plaza de Acatzingo, disponiéndose que pernoctaran en Rancho Marcelo.

Al día siguiente, cuatro de junio, llegaron los nuestros a Cuapiaxtla, lugar en el que les dí alcance, entregando al general Couttolenc mil ochocientos pesos que había podido reunir en Tecamachalco; los ochocientos eran del comercio, y mil de



poblaciones de su tránsito para Michoacán, ha ido haciendo extracciones de víveres y pasturas, cuyos recibos presentados hasta hoy a la jefatura de Hacienda importan más de diez mil pesos: no sé, pues, de qué pueda quejarse ese señor.

Como he indicado a usted antes, insisto en que la presencia de usted por estos rumbos es sumamente importante, y si usted no violenta su venida, no sería difícil que nos encontrásemos en algún conflicto.

## F. Z. Mena

R. Guadalajara, enero 20. Enterado y que comprendo la necesidad que hay de ir por allá; que abreviaré mi marcha cuanto pueda, pero sin perjuicio del servicio de este rumbo.

Telegrama de Irapuato a Guadalajara, enero 20 de 1877

Cumpliré las órdenes que se sirve comunicarme ese cuartel general por conducto del gobernador de Guanajuato, respecto a Franco según usted manda. Conforme a sus primitivas órdenes relativas, tengo presos a un coronel Villaseñor, comandante Antonio Frías, dos tenientes y un alférez, compañero de Franco. ¿Los conservo presos? Estos individuos carecen abslutamente de recursos.

# Pedro A. González

R. Guadalajara, enero 20. Conserve a los presos, hágales dar un peso diario a cada uno, que cargará en el presupuesto de la brigada.

Telegrama de Saltillo a Guadalajara, enero 20 de 1877

General Treviño desde Parras apremia a esta jefatura por pagos y atenciones de guerra: no hay fondos: Ministerio de Hacienda en respuesta díceme consulte a usted si de contribuciones sobre productos de capitales se hacen estos gastos. Sobre Saltillo ha pesado mantenimiento de fuerzas constitucionalistas desde 30 de noviembre último hasta primero del presente que salieron; gobierno del Estado comprometido su crédito oficial y particular.

#### Antonio Galván

-- 305 ---

30



Esta arenga fué contestada por entusiastas gritos y vítores al general Couttolenc, corriendo desde luego los soldados a "desempabellonar" sus armas y alistarse inmediatamente para el combate.

A caballo ocurrí a desempeñar mi comisión, encontrando al general en jefe en el cerro que ocupaban las artillerias, hablando con el general Miguel Negrete.

Transmitíle el aviso de Couttolenc y después de oirlo me ordenó que: bajara violentamente a dar alcance a Couttolenc diciéndole que suspendiera todo procedimiento hasta que él llegara.

Descendí al galope del cerro para trasmitir la orden; y tan violentamente como pudo, bajó a pie tras de mí el general Méndez.

Cuando llegué al lugar en el que el general Couttolenc se encontraba, ya estaban listas las columnas y dos cañones rayados para el asalto y los generales Couttolenc y Bonilla hablaban con el valiente coronel Ramón Ríos.

Comuniqué la orden recibida y minutos después llegó el general en jefe, ordenando enérgica y resueltamente que el asalto que en aquellos precisos momentos iba a comenzar se suspendiera.

En tanto las fuerzas de la "Sierra" seguían su avance al interior de la plaza, por medio de horadaciones.

Al obscurecer, y por modo imprevisto, recibimos orden de levantar el sitio inmediatamente y de salir a pernoctar una vez más a la hacienda de Hueyapan.

#### - XVII -

Comuenza a desgranarse la mazorca en Ixtacamaxtitlán y en Xolapa se disuelve un apostolado.—Las fuerzas "Regenerados" se desbandan presas de un desaliento mortal, porque se ignora el paradero del señor general Díaz

El día diecisiete de junio salimos de la hicenda de Hueyapan pernoctando en otra, de cuyo nombre no he podido acordarme.

El dieciocho llegamos a Chignahuapa.

El diecinueve a Ixtacamaxtitlán, en cuyo punto comenzó a desgranarse la masorca puesto que de ahí marcharon para Oaxaca Salvador de los Monteros, el doctor Martínez Baca, Uriel Alatriste y el hoy licenciado Rafael Izunza. Ahí el general Couttolenc expidió también nombramientos y concedió ascensos a algunos de los nuestros, saliendo en la tarde de ese punto para que pernoctáramos en la hacienda de Temextla.

El veinte pasamos por Cuyoaco, seguimos para el pueblo de Tepeyahualco y dormimos en Maravillas.

El veintiuno llegamos a Chilchontla y en aquel pueblo permanecimos hasta el veinticinco.

Ahí acabaron de dispersarse las pocas fuerzas que traíamos, recibiendo órdenes los jefes que las mandaban, de tomar los rumbos de donde procedían procurando aumentar sus fuerzas.

Ahí también se confió el parque y artillería a un grupo de confianza para que ocultara uno y otra en lugar seguro. Parque y artillería quedaron escondidos en cierto sitio del lado de Chalchicomula.

Debo advertir aquí que las fuerzas de Oaxaca que reconocían como jefe in-



mediato al general Fidencio Hernández, hubieron de abandonarnos en el punto antedicho porque "etiquetados" los generales Couttolenc y Hernández, el segundo acto de violencia contramarchó para la sierra a fin de militar a las órdenes del general Juan N. Méndez; deseo que no logró conseguir por causas que ignoro y entonces trató de reincorporarse con nosotros llegando a Xalapa el seis de julio, fecha en que ya nos habíamos disuelto; el siete a San Miguel del Soldado, punto en el que tuvo noticia de la proximidad de los gobiernistas por lo que contramarchó a Tuzamapan con fecha ocho del mismo mes.

El nueve hizo estancia en el Mirador; el diez y once en el Timbrillo; el día doce frente a San Juan Cozcomatepec; parte del trece en aquel lugar, en donde recibió noticia del desembarque del "Caudillo" por lo que salió el mismo día para Chocamán; el catorce en Monte Blanco y por último, el quince de julio, en el "Fortín", sitio en el que trabó combate con las fuerzas gobiernistas y sitio en el que como lo diré en otra parte, fué derrotado por aquéllas, hecho prisionero y conducido a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco de la que no salió sino hasta el definitivo triunfo de nuestra causa. El veintiséis tocamos en Ixhuacán de los Reyes y por último, el veintisiete, llegamos a la quebrada y pintoresca Xalapa.

La vispera de aquel día acabando de encimbrar la cuesta de Ixhuacán, tuve la idea de contar el número de los que formábamos la comitiva, y viendo que éramos trece cabales, se me ocurrió decirle al general Couttolenc: Señor aquí va un apostolado completo; quién sabe quiénes sean los primeros en abandonarle...!!!

En efecto, aquel apostolado, felizmente sin traidores y que tuvo que disolverse días después por la fuerza de las circunstancias, estaba formado de la manera siguiente: (1) a la cabeza, general Couttolenc; (2) don Manuel Díaz Ordaz; (3) licenciado Antonio Bonilla, secretario del general. Seis ayudantes que componían el estado mayor de Couttolenc y que eran: Alfonso Islas, José María Camacho, Casto Castro, Mariano Torres, Manuel Cabrera (vivo todavía) y Antonio Sánchez alias "El gachupín"; (10) el que esto escribe y tres mozos, dos del general y uno del señor Díaz Ordaz; (13), trece justos y cabales.

Dos días descansamos en Xalapa; el veintinueve se hizo necesaria e indispensable nuestra separación.

Disolvióse aquel día el apostolado y quedaron en Xalapa, con el general, los señores Díaz Ordaz, Bonilla, los ayudantes Islas, Camacho y los tres mozos.

En cuanto a los cinco restantes, es decir: Castro, Torres, Cabrera, Sánchez y yo, abandonamos a Xalapa, pernoctando el veintinueve en Cruz Blanca; el treinta en la hacienda de la Capilla y el primero de julio en Tecamachalco, después de haber tocado aquel día el pueblo de Aljojuca, pasando por los cerros de Tenango; pero, antes de seguir adelante podría, con toda justificación, preguntar al que lee: ¿Por qué un ejército organizado ya para el combate y con algunas victorias, se desgrana imprevistamente dispersando sus elementos en tan opuestas direcciones?

La respuesta es sencilla; porque desde principios de junio circuló el rumor, que desgraciadamente parecía confirmarse de que el Alma Mater... El Coudillo Glorioso... El jefe supremo, en una palabra: el general don Porfirio Días, había sido capturado, según unos, o se había hecho a la mar, según otros, sin que nadie supiese dar razón exacta de su paradero. Y como consecuencia, un desaliento mortal entre los nuestros cundió; los pusilánimes nos abandonaron y sólo un grupo de



creyentes en la energia del Caudillo esperamos ver el renacimiento de aquella brillante hoguera, próxima a extinguirse...!!!

#### - XVIII -

De cómo un simple pasaporte fechado el siete de julio del año de mil ochocientos setenta y seis, en la ciudad de Oaxaca, y firmado por el ilustre general Díaz, bastó para reanimar la muriente llama de la revolución en el Estado de Puebla

Un reducido número de "Regenerados" ocupamos, como ya dije, la plaza de Tecamachalco el primero de julio, pero en el transcurso de los días dos, tres y cuatro del propio mes, llegaron ahí las fuerzas de Verástegui, Santa Fe y Salcedo, cuya superioridad numérica sobre los pocos "sueltos" que allí nos encontrábamos, hizo que tiroteándonos nos retiráramos al Cerro Grande.

El cinco llegó a unirsenos el coronel José de la Luz Molina con treinta y dos hombres, retirándonos al pueblo de Todos Santos. El seis se nos incorporaron el comandante Jesús Ricardo y el teniente coronel Rafael Rodríguez, con setenta v ocho hombres del batallón Guerrero y ya con aquellos exiguos elementos recorríamos los pueblos cercanos a Tecamachalco, para hostilizar al enemigo, que emprendiendo una guerra de represalias, cometía una porción de arbitrariedades, atentados y tropelías, entre otras muchas la de haber quemado la botica de Tecamachalco por el simple hecho de que el dueño de ella había sido nombrado jefe político del lugar por los regeneradores.

El día catorce a la madrugada, y en el pueblo de Todos Santos, sorprendí a un individuo creyéndolo "correo" del Gobierno, y resultando a la postre no ser más que un mensajero del pueblo de Tlacotepec quien después de haberme reconocido me manifestó que iba para la Sierra con pliegos para el general Méndez porque el correo que era portador de ellos había caído enfermo en Tlacotepec, motivo por el cual Vicente Olivares, acérrimo partidario nuestro, dispuso que él sustituyera al enfermo, yendo hasta la Sierra a hacer la entrega de las comunicaciones referidas.

Y para destruir cualquier género de duda que en mi ánimo pudiese haber quedado, con la mayor naturalidad sacó del pecho un pasaporte que de Oaxaca traía y mostrándomelo pude ver, entre estupefacto y gozoso, que dicho documento tenía la fecha de siete de aquel mes y que venía calzado por una firma, para mí perfectamente conocida de mucho tiempo atrás: por la robusta firma del caudillo de la revolución *Porfirio Díaz...*!!!

De una emoción gratísima embargó mi espíritu aquel documento, que en cualquiera otra ocasión hubiera visto con natural respeto por firmarlo quien lo firmaba; fué para mí, en aquellos momentos toda una revelación, puesto que creyendo, como siempre creí, la firma del caudillo venía a demostrarme en primer término, que nada se había perdido, puesto que el general Díaz estaba vivo y en seguida, que el pánico y la desmoralización que entre nosotros reinaba, desaparecían como por encanto al ver aquella firma que era gloriosa confirmación de que no debíamos creernos como hasta momentos antes: Soldados sin Caudillo y sin Bandera...!!!

En el acto mandé llamar al teniente coronel Rafael Rodríguez y al comandante Jesús Ricardo, quienes con la pequeña fuerza que tenían estaban en el monte de



Men forthe 17 der, refriendime en todo a su carto e peterme derd afin S. Lerdo di Sojalle

AUTÓGRAFO DEL PRESIDENTE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA QUE MUESTRA SU NERVIO-SIDAD AL CONOCER EL RESULTADO DE LA BATALLA DE TECOAC. CARTAS POSTERIORES TIENEN FIRMAS ENTERAMENTE NORMALES





# ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ

la hacienda de Aranzazu. Llegaron al pueblo de Todos Santos a las once de la mañana e impuestos con sincero júbilo de la grata nueva que tenía que comunicarles, después de una corta conferencia convinimos en que Rafael Rodríguez quedase al frente de la fuerza, procurando aumentarla en número; mientras que Jesús Ricardo y yo emprendíamos la marcha para la ciudad de Oaxaca a fin de conferenciar con nuestro caudillo.

Momentos después puse correo al señor coronel Molina, que andaba por San Agustín del Palmar con cincuenta hombres, noticiándole la llegada a Oaxaca del señor general Díaz y nuestra marcha a ese punto con el fin de que animara a los nuestros que, como ya dije antes, se creían sin bandera.

Aquella misma tarde salimos Ricardo y yo rumbo a Oaxaca, pobres, sin recursos, pero contentos y con fe inquebrantable en el no lejano triunfo de nuestra causa.

#### - XIX -

El señor general Díaz, sin reconocernos por la semioscuridad del sitio en que aguardábamos "audiencia" nos arroja de la casa que en Oaxaca ocupaba

Conste como preliminar advertencia, que lo que voy a decir aquí no es un vano deshaogo de orgullo, sino la más palmaria demostración de que durante la Revolución Tuxtepecana serví sólo por personal simpatía a don Porfirio, sin haber estado nunca a sueldo y sin mira ni esperanza de obtener recompensa alguna.

Dicho esto, que es rigurosamente exacto, paso a explicar cómo hicimos Ricardo y yo aquella penosísima "peregrinación" del pueblo de Todos Santos, Xochitlán, a la antigua ciudad capital del Estado de Oaxaca.

El día de nuestra marcha, catorce de julio del año setenta y siete, llevábamos por todo bagaje un caballo y una yegua flaca, los bolsillos limpios como una patena y una pistola que desde luego tuvimos que vender para hacer frente a nuestras más imperiosas necesidades.

Como los "pronunciados" y mucho menos en número de dos, no la lucen por todas partes, tuvimos que seguir sendas y vericuetos extraviados, y con trabajos que no son para narrarse, después de siete días de peregrinación llegamos exhaustos, con la ropas hechas girones y maltrechos a la antigua ciudad de Antequera.

Ahí nos esperaba una nueva decepción: el señor general Díaz no estaba en Oaxaca.

Ocurrimos a ver al señor don Justo Benítez, y dicho señor me manifestó que el general llegaría esa tarde, siendo interesante que lo aguardara. Resolvimos hacerlo así, y entre tanto, ocurrimos a visitar a nuestro amigo Albino Zertuche, entonces jefe político de la ciudad, a quien encontramos en compañía de Uriel, Alatriste, doctor Martínez Baca, Salvador de los Monteros, hoy brigadier, y Rafael Izunza, hoy abogado.

Dichos señores, a excepción de Zertuche, formaron parte del estado mayor del general Couttolenc; estuvieron con nosotros en el asedio de Tulancingo, verificado el mes anterior y como ya lo tengo dicho en otra parte, se separaron de nosotros en Ixtacamaxtitlán; por consiguiente éramos buenos amigos y compañeros.

Departimos familiarmente, y en el curso de la conversación, Albino Zertuche volvió a asegurarme que el señor general Díaz llegaría a Oaxaca aquella tarde.



En efecto, a cosa de las cinco de la tarde de aquel día llegó el general Díaz, alojándose en la casa habitación del señor Meijueiro.

Esperamos Ricardo y yo que pasara un rato para ir a verlo, y cuando estaba ya casi obscuro, llegamos a la casa preguntando al portero si sería fácil hablar con el señor general.

Este buen hombre nos recibió amablemente a pesar de la pobreza de nuestros vestidos, y con toda corrección nos llevó al interior de la casa, abriendo la puerta-vidriera de la sala y ofreciéndonos asiento en que esperar la "audiencia" del señor general.

Nos sentamos en las primeras sillas que junto a la puerta había y esperamos ansiosamente el momento de tener frente a frente y de estrechar la gloriosa mano del caudillo.

Pero antes de seguir adelante y para la mejor inteligencia de los hechos que a referir voy, es necesario hacer una ligera descripción topográfica del sitio en que nos encontrábamos.

La sala de espera, a la que fuimos introducidos, estaba comunicada en el sentido de su mayor longitud con otras dos salas; una al frente nuestro, lado derecho, y a la otra a nuestra espalda, lado izquierdo.

En el centro de la estancia que ocupábamos y sobre una mesa redonda, había una lámpara que alumbraba débil y escasamente el recinto con una luz que hacía aparecer personas y objetos en una especie de penumbra.

Momentos después de habernos sentado entró otro individuo que como nosotros iba en busca del señor general y sin detenerse se introdujo a la sala del lado izquierdo, frontera a nosotros, sentándose en un sofá desde el que le veíamos perfectamente.

Por fin abrióse la puerta de la derecha y el general Díaz sin fijarse en nosotros, que en el acto nos pusimos de pie, pasó de frente a la pieza contigua en la que se encontraba sentado el desconocido; saludóle y se puso a platicar en voz alta con él.

Por algunas palabras que involuntariamente oímos, nos dimos cuenta de que el otro visitante era uno de los oficiales del general Fidencio Hernández, quien rendía parte de la derrota que acababa de sufrir en el Fortín.

Repentinamente por uno de esos movimientos intuitivos, característicos en el señor general Díaz, se vuelve hacia nosotros, como si hubiera sido tocado por un resorte, fija su mirada de águila en nuestra pobre indumentaria y rápido y poseído de un gran enojo llega hasta nosotros, que aún permanecíamos parados, y con robusta voz: "¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí...?", nos pregunta enérgicamente.

Sorprendido por la resuelta actitud del señor general, cometo la torpeza de responderle sencillamente: "¡¡Somos nosotros...!!", sin ocurrirseme darle mi nombre, y entonces aumentado su enojo se acerca a la puerta-vidriera que comunica con el patio, descorre el pasador y nos arroja fuera de la sala, diciendo con acento de cólera: "Donde yo hablo con alguna persona, no permito que estén otras".

Algo como la inmensa mole de una montaña sentí que se desplomaba sobre mi cabeza, perdí la conciencia de mí mismo; oscurecióseme todo y confusos, tamba-leantes, llenos de humillación y de vergüenza abandonamos aquella casa, momen-



táneamente arrepentidos de aquella larga caminata y de aquellos inútiles a la par que ignorados sacrificios.

Ya en la calle hicimos balance de nuestros haberes, encontrándonos con que no alcanzaba lo que teníamos para cenar, por lo que nos resolvimos solamente a tomar una taza de café en el Hotel Nacional, y tristes y decepcionados, lamentando el desprecio de nuestro jefe, y perseguidos por el Gobierno, resolvimos abandonar al día siguiente, sin rumbo ni dirección fija, aquella nefasta ciudad que tan mal nos había tratado.

Tomábamos nuestro café en el Hotel Nacional cuando se nos presentó un ayudante del señor general apellidado Garfias, según me parece, quien dando nuestros nombres nos hizo saber que iba en busca nuestra.

Aquel inesperado llamamiento se debía a que momentos después de que dejábamos la casa del señor Meijueiro, Zertuche había llegado a hablar con el señor general Díaz preguntándole si no me había visto acompañado del comandante Ricardo; por algunos detalles que dió al señor Díaz sobre las prendas que vestíamos, dicho señor cayó en la cuenta de que éramos los que no hacía mucho rato había corrido.

Contesté el recado de llamamiento diciendo: que iríamos al día siguiente por más que teníamos pensado largarnos a la madrugada sin saber a qué ni adonde, pero al rato se presentaron en el hotel Monteros, Alatriste y demás amigos que ya sabían por Zertuche lo acontecido y me suplicaron, hasta convencerme, que hablara con el señor general.

Verificóse aquella entrevista al día siguiente, veintidós de julio de mil ochocientos setenta y seis, y en ella rendí informe detallado al general Díaz de todo lo acaecido en Puebla, recibiendo instrucciones de mi jefe para salir al día siguiente, veintitrés, fecha en la que bajo muy distintas impresiones abandoné aquella ciudad, cuna del más grande guerrero y estadista, que han producido modernos tiempos.

#### - XX -

Regreso al centro de operaciones.—Se vuelve a encender la mecha revolucionaria, y como un reguero de pólvora inflamada, cunde el entusiasmo al saber que el señor general Díaz está con nosotros.—Lo de la barranca de Ajamilpa y barranca Coyote

A mi salida de Oaxaca traje como compañeros a Salvador de los Monteros y al comandante José de Jesús Ricardo.

El primero venía nombrado en comisión para la sierra de Puebla trayendo instrucciones del señor general Díaz para el de igual clase don Juan Nepomuceno Méndez y en cuanto al segundo, traía órdenes de recibir y aumentar la fuerza de su mando.

Por lo que a mí toca, había recibido encomienda del caudillo de buscar, en donde lo encontrase, al general don José María Couttolenc para que tomara nuevamente el mando de nuestras entonces repartidas fuerzas.

En la entrevista que tuve con el señor general Díaz le hice presente que desde que me separé de Couttolenc el veintinueve de junio en la ciudad de Xalapa, dicho señor me manifestó su resolución de permanecer por la costa de Veracruz en espera de armas que había encargado al extranjero; juzgaba difícil encontrarlo, pero que



en caso de ser así, era seguro que no me dejaría regresar al lado del señor Díaz, sin una orden expresa del mismo.

Para evitar esto el señor general Díaz me dió una carta en la que ordenaba a Couttolenc, que una vez desempeñada mi comisión, debía regresar por necesitarme él para asuntos del servicio.

El treinta y uno de julio llegué a Tepexi encontrándome con que desde la víspera estaba en esa plaza el general Couttolenc, quien tuvo en Xalapa noticia segura del desembarque del señor general Díaz en el puerto de Veracruz y de su internación al país por el rumbo de la costa de Oaxaca; razón por la que varió Couttolenc el derrotero que se había propuesto seguir contramarchando para el centro de operaciones.

A su llegada a Tepexi ya la noticia de la vuelta del señor general Díaz había cundido con la rapidez del relámpago, despertando adormilados entusiasmos y resucitando la moribunda fe de los incrédulos, y ya también todos los jefes que habían militado a las órdenes de Couttolenc y que desperdigados por distintos rumbos habían conservado con heroicos e inenarrables sacrificios pequeños piquetes de fuerzas, se congregaban reuniéndose poco a poco en Tepexi, mereciendo muy especial mención por su valiente comportamiento el coronel Higinio Aguilar con sus fuerzas, así como el teniente coronel Antonio Camarillo con los oficiales del batallón Tepexi y cosa de dieciséis hombres del mismo; dichos oficiales y tropa, al mando de los expresados jefes sirvieron de mucho, pues como escolta dieron la seguridad necesaria para efectuar el paso de las tropas de Xalapa, Estado de Veracruz, al Estado de Puebla.

Presentéme a Couttolenc desahogando la comisión que me confiara el jefe supremo de la revolución, y el tres de agosto emprendí viaje a la ciudad de Puebla, con el exclusivo fin de meterme, como tantas veces lo hice, entre el enemigo a fin de informarme minuciosamente de sus planes y operaciones.

Regresé a Tepexi el diecisiete, viendo con natural satisfacción que nuestras fuerzas seguían aumentando toda vez que a ellas se incorporaron muchos de los que andaban dispersos.

Asimismo el general Couttolenc daba muestras de actividad extraordinaria reorganizando a aquellos bravos y sufridos soldados que cincuenta días antes, y en el pueblo de Chilcontla, se dispersaban en todas direcciones creyendo inútiles sus heroicos y valientes sacrificios.

El diez de agosto, a las once de la noche, se tuvo noticia de que al día siguiente nos atacaría Varástegui en nuestro cuartel general de Tepexi.

El once dispuso el general Couttolenc, a la primera hora, que saliésemos del poblado de Tepexi, yendo a esperar al enemigo a la barranca de Axamilpa, mientras ordenaba al mismo tiempo se abrieran algunas cortaduras en el camino que a Tepexi conduce, a fin de que el enemigo se entretuviera en cegar aquellos obstáculos.

Como a la una de la tarde teníamos enemigo al frente; éste fué recibido con un regular tiroteo que duró cerca de tres cuartos de hora, transcurridos los cuales hubo que batirse haciendo fuego en retirada, a virtud de que estábamos escasos de parque porque como ya lo dije en el capítulo XVII habíamos ocultado éste y parte de nuestra artillería en cierto lugar del Pico de Orizaba.



A las cuatro de la tarde nos vimos obligados a abandonar la plaza de Tepexi en la que habíamos efectuado una reconcentración y echando a la vanguardia a nuestras infanterías, que eran las más mal dotadas de parque, salimos para Barranca Coyote protegiendo nuestra extrema retaguardia el coronel Higinio Aguilar con su caballería y algunos pequeños piquetes de la misma arma.

Llegamos a Barranca Coyote; el bizarro coronel Aguilar hizo alto y disponiendo convenientemente a los suyos, se propuso contener al enemigo, disputándole e impidiéndole el paso, lo que logró brillantemente, hasta que desesperanzado el enemigo se regresó a Tepexi.

En tanto nosotros seguros ya de no ser molestados, seguimos nuestra marcha hasta llegar a pernoctar al pequeño pueblo de San Felipe Otlatepec.

#### - XXI -

La acción de San Juan Ixcaquixta ganada por el general Cuéllar.—Muerte del coronel Bañuelos y derrota absoluta de los suyos.—En Acatlán logro el indulto del coronel Guadalupe Tlapale, villanamente calumniado

El día doce de agosto llegamos a la ciudad de Acatlán, habiéndosenos incorporado en ese punto el general Cuéllar con sus caballerías.

El catorce recibió órdenes el jefe antedicho de salir de Acatlán encargado de observar los movimientos del enemigo y de hostilizarlo por todos los medios posibles para cuyo fin escogió Cuéllar como base de sus operaciones el pueblo de San Vicente Covotepec.

Couttolenc entre tanto seguía ocupado de organizar a los nuestros en Acatlán. El quince se me despachó para Puebla a donde llegué el dieciséis permaneciendo en esa capital hasta el dieciocho, fecha en la que logré cerciorarme de que al siguiente día había dispuesto el Gobierno que saliera a reforzar a Verástegui el coronel Bañuelos llevando ciento setenta hombres de caballería y ciento veinte infantes del Segundo Batallón del Estado.

A la madrugada del día veinte estaba yo de regreso en Acatlán dando aviso al general Couttolenc de las novedades de Puebla e incontinenti dicho señor comunicó mi parte al general Cuéllar para que éste se alistase a batir a los de Bañuelos.

Tal como lo dije, Bañuelos pernoctó el diecinueve de agosto en Tepeaca, el veinte en Molcaxac, el veintiuno en Tepexi dejándole a Verástegui, como refuerzo, los ciento veinte infantes del Segundo Batallón del Estado y por último el veintidós y sólo con su caballería en el pueblo de San Juan Ixcaquixtla, lugar que creyó apropiado para esperar el ataque de los "Regeneradores".

El día veintitrés por la mañana el general Cuéllar con sus fuerzas y ayudado por todos los amigos del rumbo atacó imprevistamente a los de Bañuelos.

Estos se hicieron fuertes en la plaza de armas e iglesia del pueblo y resistieron un largo rato el fuego de los nuestros, pero a cosa de las dos de la tarde una bala "regeneradora" se encargó de borrar de la lista de los vivos al coronel Bañuelos, jefe de la columna contraria, y muerto éste, se redobló el ataque, se tomó por asalto la plaza y se redujo al enemigo, ya desmoralizado, a su último reducto, es decir, a la iglesia, punto que a poco rato fué ganado por los nuestros, tomando prisioneros a todos los supervivientes, sin que uno solo se escapara y re-



cogiéndose como trofeos de aquella completísima victoria la caballería y armamento que horas antes pertenecían al contrario.

Un correo extraordinario de Cuéllar que llegó a Acatlán a cosa de las seis de aquella misma tarde fué el que entregó el parte de aquel jefe al general Couttolenc, quien andaba a caballo con sus ayudantes inspeccionando los suburbios de la ciudad; yo estaba parado en la puerta de la casa de don José María Gavito, casa comercial que servía de alojamiento a Couttolenc, cuando comencé a oír de improviso entusiastas vivas al caudillo de la revolución, señor general Díaz, tropel de caballos y disparos de armas de fuego.

Minutos después lograba yo aclarar el motivo de aquellas ruidosas y entusiastas manifestaciones de júbilo, cuando por el extremo de la calle vi desembocar a Couttolenc, general en jefe, a galope y jinete en uno de sus briosos caballos, quien llegando frente a la casa-tienda que de alojamiento le servía y haciendo los últimos tiros de salva con su pistola, apeóse y sin darme tiempo a más me pidió un abrazo largo y apretado.

Pasados aquellos, para mí inexplicables transportes de regocijo, me permití preguntarle el porqué de su alegría, a lo que inmediatamente contestó:

"Sepa usted, XX, que nuestras fuerzas obtuvieron hoy un triunfo completo sobre las del enemigo en San Juan Ixcaquixtla!!!

"Bañuelos, el jefe, murió en la refriega; todas sus fuerzas son nuestras prisioneras y tenemos además, como botín, los caballos y armas de los del Gobierno".

En aquellos momentos una idea cruzó rápidamente por mi cerebro; en vista del entusiasmo del general, me pareció oportuno y preciso el momento y para contestar a sus frases de júbilo le dije:

"Muy bien señor lo felicito sinceramente por tan hermoso triunfo; pero para que sea completa la alegría que nos embarga, falta que de ella sea partícipe un infortunado que en estos momentos espera con resignación la suerte que se le depare en la "capilla"; ese jefe es el coronel Guadalupe Tlapale, villanamente calumniado, porque no es capaz del delito de que se le acusa; ese jefe es compañero y amigo nuestro; peleó valientemente en Epatlán; es honrado y yo lo fío; respondo de su conducta y pido a usted que lo ponga en absoluta libertad, para que venga a celebrar con nosotros el triunfo de esta tarde".

Vaciló un momento Couttolenc y sin decir palabra extendió y firmó desde luego la orden de libertad para Tlapale.

Pero esto amerita una necesaria explicación que desde luego me apresuro a hacer a mis lectores.

Después de la memorable batalla de Epatlán, que tan ampliamente he reseñado en uno de los capítulos anteriores de esta obra, dispuso el general Couttolenc que el general Tlapale, oriundo de ese rumbo y conocedor del terreno, quédase con parte de los voluntarios de Izúcar para levantar el campo y recoger las armas que los dispersos dejaron abandonadas en el teatro de aquellos históricos sucesos.

Hízolo así el jefe de referencia, pero desgraciadamente entre los que a sus órdenes llevaba había "Chinaca" del rumbo, es decir, individuos de pocos escrúpulos que no tuvieron inconveniente en vender varios de los Rémingtons recogidos en aquellas haciendas de Izúcar de Matamoros sin autorización de Tlapale, y habiendo llegado esto al conocimiento del general en jefe, ordenó que se abriera una



## ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

posible, generall, es preciso que entre nosotros sea una realidad el Plan de Tuxtepec, es necesario que aqui se cumpla con él, de lo contrario el pueblo pierde la fe.

Suplico a usted, general, interponga su valimiento con el señor general Díaz, para que ordene aqui se cumpla con las promesas del Plan de Tuxtepec.

Ruego a usted disimule las molestias tan frecuentes que me tomo la libertad de proporcionarle; y deseando se conserve sin novedad en unión de su apreciable familia (C.P.B.) ordene lo que guste a este su muy atento amigo y S.S.Q.B.S.M.

#### L. Sánchez Totosauss

De Zamora a Guadalajara, enero 20 de 1877

Estimado general:

No obstante el haber reiterado a mi pagador, que desde hace nueve días se encuentra en Guanajuato, el que active la remisión de los recursos necesarios para la fuerza, me causa mortificación verme obligado a manifestar a usted que he sabido que de parte del señor Ogarrio, pagador general nombrado por el señor Mena, hay una marcada prevención contra la fuerza que es a mis órdenes, a juzgar por las trabas y dificultades que pone para la entrega de los recursos. Acompaño a usted las cartas originales de mi pagador y del comandante Hernández, por las cuales verá usted confirmado lo que acabo de exponerle.

Las listas de revista se han remitido oportunamente y parte de ellas el señor Ogarrio ha hecho perdedizas para tener un pretexto y no pagar los haberes de la división.

Del ministerio he recibido una orden para remitir las listas de revista y lo he hecho desde ayer.

La situación de mi fuerza no puede ser peor, por la escasez absoluta de recursos: los jefes y oficiales ya no tienen qué empeñar para poder comer. A los soldados sólo se les ha dado dos días de haber después del combate de la Unión.

Desearía se sirviese usted ordenar que mi pagador se entendiese directamente con la jefatura de Hacienda de Guanajuato o de otra parte para evitar dificultades y para que no sean burladas las disposiciones de usted como lo han sido hasta la fecha.



El general Couttolenc no descuidó ese asunto; ya con anterioridad y valiéndose de Vicente González, oficial de toda confianza que pertenecía al Escuadrón Guerrero de Tecamachalco, había mandado recoger dichas bocas de fuego y municiones, disponiendo que el día treinta de agosto saliese yo de Acatlán, encargado de darle alcance y custodia al oficial antedicho, quien con todo género de precauciones y acompañado únicamente de los arrieros indispensables venía en camino rumbo a nuestro cuartel general.

El treinta y uno del propio mes y ya de noche, encontré a González en San José de Gracia y en ese punto, previendo que pudiéramos tropezar con algún obstáculo por encontrarnos aún en campo enemigo, dispusimos dividir en dos fracciones aquella valiosa carga, ocultando los cañores en barcinas de lana, lo mismo que las cureñas desarmadas de aquéllos, y citando lugar de reunión, tomamos diferentes caminos.

El objeto de aquel fraccionamiento fué el de evitar el posible evento de que por si desgracia alguno de los dos era hecho prisionero, se salvase por lo menos una parte de nuestra artillería.

Todo salió a pedir de boca y al fin llegamos sin novedad al pueblo de Totoltepec el tres de septiembre; ahí sacamos de las barcinas nuestra artillería y por fin el día cuatro llegamos a Acatlán, entregando aquellos valiosos elementos de combate a quien correspondía.

El siete de septiembre se levantó el cuartel general de Acatlán y salimos de aquella población con rumbo a la Mixteca y después de seis días de jornadas, hicimos alto en Tlaxiaco, cabecera del distrito perteneciente al Estado de Oaxaca.

En Tlaxiaco permanecimos hasta el diecisiete y de ahí salimos el dieciocho llegando el diecinueve a Nochistlán.

El veintidos de septiembre de aquel memorabilísimo año llegó a Nochistlán, procedente de la capital de Oaxaca, el "invicto general don Porfirio Diaz", alma vigorosa de aquel movimiento destinado a hacer, por inexorables designios, la definitiva redención del país, convulsionado durante tantos años por los horrores de las guerras extranjeras e intestinas.

La presencia de aquel hombre extraordinario bajo todos aspectos acabó de afirmar la fe, la confianza y la obediencia absoluta en el alma de todos aquellos que a la sola invocación de su nombre supieron arrostrar estoica y serenamente los múltiples peligros que ocasiona todo movimiento insurreccional!

!!|El triunfo era nuestro!!!

#### - XXIII -

Logro la absoluta libertad de dos viejos porfiristas tenidos por espías.—El señor general Díaz convierte su campo de operaciones en tablero de ajedrez, en el que se propuso dar jaque y mate a las fuerzas de Alatorre

Durante nuestra estancia en Nochistlan fueron hechos prisioneros dos individuos de quienes se sospechaba fuesen correos o espías del campo enemigo, razón por la que dispuso el general Couttolenc que se les juzgase con arreglo a la ley de la materia.

Ocurrióseme preguntar los nombres de los acusados y supe con sorpresa que



# Telégrafes del Cobierno Federal TELEGRAMA. Depositado en Celaya el lede Diciembre de 1876., y Recibido en Ande Dicionario de 1876. , á las S. horas y 19 minutos Muiz, de la que estry pendiente para mi manha al lugar de la Confirmia. TELEGRAMA DEL LICENCIADO JOSÉ MARÍA IGLESIAS AL GENERAL DÍAZ RELACIONADO CON LA ENTREVISTA QUE AMBOS TUVIERON





eran: Julio Márquez, quien desde el principio de la revolución había sido nombrado por el coronel don Marcos Bravo, jefe político de Atlixco y el mayor Pahío Hernández, hombre de toda confianza.

Esperé la llegada del señor general Díaz, seguro de que con sólo recordarle aquellos nombres, ordenaría su libertad; y en efecto, en cuanto estuvo entre nosotros, le hablé diciéndole que eran conocidos y viejos porfiristas enviados por el más tarde ministro de Fomento, general don Carlos Pacheco.

Escuchóme el señor Díaz y conferenciando después con Couttolenc, ordenó que se les pusiese en libertad.

El veinticuatro de septiembre salimos de aquella plaza, dirigiéndonos a Yan-huitlán.

De nuestra estancia en aquel sitio recuerdo con toda precisión y claridad estos dos hechos:

Primero: Allí por vez única y con vibrante y robusta voz, arengó el señor general Díaz a todas las fuerzas del general Couttolenc que estaban formadas, recomendándoles fe y constancia hasta el completo triunfo de la causa; y segundo: Allí también se ensayó el buen funcionamiento de unas probetas que se fundieron en Oaxaca.

Terminada aquella operación fui despachado a Tehuacán, plaza ocupada por el enemigo, con la consigna de observar minuciosamente sus movimientos, dando por medio de correos cuenta oportuna y detallada de cuanto intentase el enemigo al senior general Díaz.

Abandoné Yanhuitlán en el mismo día, marchando al desempeño de mi comisión y hasta el veintinueve de aquel mes pude penetrar en la plaza de Tehuacán, en razón de que, todos los puntos estaban cercados y ocupados por el enemigo.

Ya dentro de la plaza pude mandar algunos correos al señor general Díaz hasta que el tres de octubre me vi obligado a salir de Tehuacán por lo que adelante expongo.

Estando en mi escondite supe que el dos de octubre Verástegui, jefe enemigo, había fusilado en la hacienda de Tilapa en compañía de otros dos individuos al valiente Miguel Sánchez, alias "el Gallo", habiendo escapado por verdadero milagro el hoy general Juan Hernández, actualmente radicado en San Felipe Maderas.

Ese día, a las nueve de la noche, entró a Tehuacán el Quinto Cuerpo Rural mandado por el coronel Escalona, produciendo natural alarma su brusca reconcentración.

A las once de la noche ocurrieron a verme los señores Lalo Cacho y don José María Martínez, amigo este último del señor general Díaz.

El objeto de su visita fué noticiarme que si el Quinto Rural se había retirado hasta Tehuacán se debió esto a que las "chusmas" de Couttolenc habían llegado muy cerca del pueblo de Zapotitlán por lo que el general Alatorre dispuso que, desde luego saliese a atacar a los nuestros, una columna de mil ochocientos hombres con dos cañones al mando del general Topete.

Busqué correo que trasmitiese desde luego la noticia a nuestro jefe sin lograrlo por lo avanzado de la hora y convine entonces con los señores antedichos en ir personalmente a comunicar lo que ocurría, a cuyo fin nos dirigimos incontinenti a ver al señor Acuña, administrador de la casa de "Diligencias" suplicándole



que de ser posible hiciese salir a la una de la mañana ese vehículo en vez de las tres como era de itinerario. Accedió bondadosamente dicho señor y mandó avisar a los cinco pasajeros que tenían tomado asiento: de que en virtud de que el camino estaba muy malo, a consecuencia de las lluvias, había que salir con dos horas de anticipación.

Aceptaron sin protesta aquellos anónimos viajeros y por fin salimos de Tehuacán a la una de la madrugada en los precisos momentos en que las fuerzas que componían la columna de Topete se formaban en las calles dispuestas a ir a atacar a los nuestros.

Llegamos a Tlacotepec a las seis de la mañana y de ahí en un caballo que nos proporcionaron los amigos, salí para San Juan Ixcaquixtla a todo correr, llegando a ese punto a las nueve de la misma.

En la plaza de aquel pueblo encontré al coronel Antonio Gamboa, a quien pedí caballo de remuda para proseguir mi marcha.

Respondióme que no era necesario el que siguiese adelante porque el señor general Díaz había pernoctado en San Martín Atexcal, no debiendo dilatar por lo mismo en llegar a Ixcaquixtla.

Quince minutos después el señor general Díaz llegó con toda su fuerza, como se me había anunciado, y en el acto transladándome con él a la casa de Gamboa, le dí completo aviso de la salida de Topete de Tehuacán, del número de fuerza que traía y del rumbo que había tomado para el ataque, que era por el camino de Zipiapa y Nopala.

Oyó mi parte el señor general, y montando desde luego a caballo, comenzó a dictar órdenes para colocar, en lugar a propósito, a nuestras fuerzas.

A la una de la tarde dispuso que se avanzaran las caballerías en observación de los movimientos del enemigo que había llegado ya al pueblo de Atexcal, punto en el que con grande sorpresa supo Topete que no tenía sólo que combatir con las mal llamadas "chusmas" de Couttolenc, sino que había que entendérselas con toda la división del señor general Díaz, quien había pernoctado en aquel sitio.

Semejante noticia desmoralizó hondamente a Topete que tenía por seguro el triunfo en aquella vez, y sin esperar a más movió desde luego sus fuerzas en sentido opuesto con rumbo a la Magdalena, por lo que ordenada su persecución, sólo pudo alcanzarse por los nuestros a su retaguardia a la que tirotearon nuestras caballerías, logrando tomarle unos cuantos prisioneros del décimoséptimo batallón.

En cuanto a Topete, con el grueso de su columna, no paró hasta reconcentrarse a Tehuacán.

Por lo que a nosotros toca permanecimos los días cuatro y cinco en Ixcaquixtla.

El seis de octubre salí comisionado para avanzarme hasta el pueblecito de Cuapan, emplazado a immediaciones de Tehuacán para observar al enemigo, e introducirme a aquella plaza en primera oportunidad, lo que logré tres días después, es decir, el nueve de octubre. Ahí permanecí dando aviso de todo lo que ocurría y durante un período de veintiséis días el señor general Díaz, dando al enemigo brillante lección de "estrategia", se propuso jugar con él al "salto de caballo" poniéndolo en continuo jaque, asediándolo por donde menos lo esperaba, olbigándolo a "arrocarse", como en el juego de ajedrez, forzándole al abandono de su plaza fuerte



de Tehuacán y haciendo por último, antes de darle el "al rey mate" del glorioso cerro de Tecoac que cambiase su cuartel general a la vetusta ciudad de Tepeaca.

Yo no presencié aquel ingenioso movimiento, pero aun cuando hubiera estado en compañía del caudillo, me faltaría memoria para puntualizar aquel "ajetreo" que volvió loco al enemigo, sin darle un momento de respiro, perseguido y obligado a marchas y contramarchas forzadas. Baste consignar este dato: hubo vez que en el espacio de veinticuatro horas tocaron nuestras fuerzas hasta seis y siete poblaciones de importancia.

Volví a incorporarme con el señor general Díaz hasta el cuatro de noviembre en el pueblo del Rosario, y en la misma fecha salí para Tepeaca acompañando al coronel Francisco Z. Mena, más tarde general de división y ministro de la Guerra; al entonces diputado Garza Gutiérrez, al licenciado don Joaquín Alcalde y a don Antonio Solís.

Una legua antes de llegar a Tepeaca, en el pueblo de San Hipólito, se separó de nosotros el señor Alcalde con objeto de introducirse a aquella plaza.

En cuanto a las restantes, sin tocar la población, bordeamos por el lado sur de ella y nos dirigimos a la hacienda de Santa Ana solicitando hospitalidad de don Pedro Ibargüen, su dueño en aquel ya lejano y emocionante entonces.

Doce días después debía el ángel de la victoria dar glorioso término a aquella palpitante odisea en los históricos y abruptos campos de: ¡¡¡Tecoac!!!

#### - XXIV -

Alboradas de triunfo.—Dieciséis de noviembre de 1876.—La batalla de Tecoac

La hacienda de Santa Ana, sitio de nuestro temporal refugio, dista de Tepeaca cosa de tres cuartos de legua; en la noche de aquel mismo día, cuatro de noviembre, recibimos la desagradable noticia de que había sido arrestado, en la cercana población, el licenciado don Joaquín Alcalde, que como ya lo tengo dicho, se introdujo furtivamente a aquella plaza para el cumplimiento de cierta comisión reservada.

Todo el cinco permanecimos encerrados en el casco de la hacienda, tanto por precaución, cuanto porque la tarde de aquel día las fuerzas del general Alatorre, que andaba haciendo ejercicios de "instrucción", llegaron hasta la finca que de escondite nos servía.

El seis, y por la misma causa, estuvimos en inminente riesgo de haber sido capturados teniendo que escapar a pie y a campo traviesa los señores Mena, Garza, Gutiérrez y yo, sin que don Antonio Solís hubiera podido salir de la casa, por lo que se salvó ocultándose debajo de una cama. Hora y media permanecieron en la hacienda nuestros perseguidores, y cuando se retiraron volvimos a entrar a la finca, acordando salir de allí definitivamente el día siete de noviembre a la una de la madrugada, como la verificamos, para poder ir a incorporarnos a las fuerzas del señor general Díaz.

El diez salí de Tepexi con mi acostumbrada comisión, es decir, encargado de meterme a la plaza de Puebla para observar los movimientos del enemigo. Permanecí en aquella capital los días once, doce y trece.

El catorce, a las cuatro de la tarde, llegó a Puebla, procedente de México, el



general Alatorre, quien salió ese día de Río Frío con una escolta del Segundo de Caballería compuesta de cincuenta hombres.

En el acto fueron los amigos a darme aviso a mi escondite de lo que ocurría, noticiándome también que el referido general Alatorre, sabedor de que el señor general Díaz había pernoctado la víspera con sus fuerzas en Tecamachalco dijo que iba a estorbarle el paso, y en cumplimiento de aquella amenaza, remudó caballo y escolta y salió desde luego de Puebla, en camino para Tepeaca.

A las cinco y media de la tarde de aquel día abandoné la capital saliendo por el rumbo de los cerros de Tepoxúchil y Tecolote; caminé toda la noche sabiendo que el señor general Díaz había pernoctado en Ozumba de donde salió el día quince muy temprano y por fin logré dar alcance a mi jefe cerca de la hacienda de San Cristóbal la Trampa dándole inmediato aviso de los movimientos de Alatorre y entregándole unas comunicaciones que logré quitar a un correo enemigo, pliegos que iban dirigidos a don Sebastián Lerdo de Tejada.

Llegamos ya a la hacienda de la Trampa, cuando descubrí, por el camino que de San Juan Ixtengo conduce a Huamantla, dos polvaredas, un chica y otra grande.

Dí aviso el señor Díaz de aquel descubrimiento manifestándole que aquello bien podía ser el polvo producido por el enemigo en marcha. Entonces subió su caballo al borde del lado izquierdo del camino, y tomando sus brújulas exploró detenidamente el rumbo señalado, y después de un corto intervalo me preguntó:

"¿Qué distancia hay del punto en que nos encontramos a Huamantla?"

"Cosa de tres leguas", le respondí.

"¿Y del punto en que viene el enemigo a la misma ciudad?"

"Sobre poco más o menos la misma distancia que de ella a nosotros nos separa", volví a responderle.

"Muy bien", contestó, y ordenó que prosiguiesen la marcha las fuerzas. Ya en el camino interrogóme una vez más sin detenerse:

"Dígame usted los nombres de las haciendas que tenemos a la derecha".

"Los nombres son: San Martín, Tecoac, Guadalupe, Balconcillos y San Buenaventura", respondíle.

En aquellos momentos, y procedentes del camino de Huamantla, se presentaron al general en jefe, el de igual clase, general Carballeda, los coroneles Jesús Islas y Gaudencio González Llave, así como otros varios porfiristas a quienes yo no conocía, dándole parte de la proximidad del enemigo.

Momentos después, y por nuestra retaguardia, llegaron los exploradores Antonio Solís y Juan Moro, que habían quedado a las orillas de Tepeaca observando al enemigo, rindiendo igual parte, que por lo demás conocía por observación personal el señor general Díaz, hacía ya media hora.

Todo lo que antes relato se verificó sobre la marcha.

Cuando llegamos al camino de una de las haciendas antes mencionadas ordenó "alto" el señor general Díaz y dispuso que las infanterías tomaran la derecha del camino y las caballerías prosiguiesen en marcha de frente y sobre el enemigo, al que avistaron al poco rato, trabando un tiroteo bastante largo en el que resultó herido de un brazo el coronel Gaudencio G. Llave; en cuanto a nosotros nos estacionamos en las lomas, disponiéndose el campamento para que allí pernoctáramos.

Amaneció triste y lluvioso aquel jueves dieciséis de noviembre de mil ochocientos



setenta y seis; la llovizna, lenta y pertinaz, nos caló hasta los huesos porque estábamos a campo raso; a pesar de esto el señor general Díaz, desde los primeros arreboles del crepúsculo matutino, sin más abrigo que un sobretodo, recorría a galope todo nuestro campamento y con esa su natural perspicacia y don de mando alistaba a los rehacios, daba órdenes breves y estaba pendiente de los más mínimos detalles.

Hay que advertir que nuestras fuerzas fueron aumentadas durante la noche anterior por las de la Sierra Poblana (sic), que habían venido a incorporársenos y que en el curso de aquel histórico día esperábamos un nuevo refuerzo compuesto de las tropas que mandaba el general don Manuel González.

A cosa de las siete de la mañana hubo expectación general en nuestras filas; por el camino de Huamantla apareció la descubierta de la columna enemiga; formábanla nada menos que doscientos caballos de aquel famoso Sexto Rural mandado por Villagrán, que volvió grupas en la carga de caballería, dada por el hoy general Martínez en la batalla de Epatlán.

Dicha descubierta llegó hasta muy cerca de las lomas que nosotros ocupábamos, y formándose una parte de ella en tiradores y el resto en columna, esperó la llegada del grueso que a su retaguardia traía; y dejando formados a sus dragones prosiguió la marcha por el camino de Apizaco simulando que iba a reforzarse con sus reservas, que mandadas por el general Alonso y en número de dos mil quinientos hombres, le aguardaban en el ya dicho Apizaco.

Este falso movimento que nosotros observamos perfectamente desde las alturas en que estábamos colocados duró hasta que el enemigo llegó a la encrucijada, que a cosa de cinco kilómetros forma el camino de Huamantla y una vez llegados a ese punto tomaron los contrarios el camino de la derecha que conduce a la hacienda de San Martín.

Dije desde luego al señor general Díaz el nombre del camino que los de Alatorre habían tomado, y la admirable pericia militar del jefe supremo adivinó inmediatamente de lo que se trataba: era de flanquearnos tomando por ese lado la altura del cerro de Tecoac.

En tanto y probablemente para distraer nuestra atención con algunos cañones que dejaron en el llano, comenzaron a hacernos un vivo fuego de artillería, siendo el más formidable el proveniente de una gran barcina de paja en la que tenían emplazada una pieza que nos hacía verdaderos estragos. Nótalo el señor general Díaz, y sin decir palabra, se acerca a un cañón de los nuestros: afina y regula la puntería, jala la piola, y segundos después... la precipitada fuga del enemigo y algunos gritos de dolor indican que la pieza del "almear" (sic) ha sido desmontada.

El vigoroso toque de "diana" celebra aquella heroica hazaña en nuestro campamento!!!

Mientras que en el llano se desarrollaba la escena antes descrita los batallones del enemigo números diez y diecinueve comenzaban, como lo previó el señor general Díaz, a ascender la primera loma para flanquarnos.

Entre esa loma y la del lado opuesto, separadas por una cañada como de trescientos cincuenta metros de ancho, se trababa la primera fase de la verdadera batalla.

Sin pérdida de tiempo el Segundo Batallón de Oaxaca, mandado por el coronel



Albino Zertuche, abre sus fuegos sobre los de Alatorre y se traba, de loma a loma, un combate reñidísimo que duró dos horas o un poco más.

El señor general Díaz, que con sus brújulas observa las peripecias del combate, ve el denuedo con que se bate Zertuche, pero comprende que lo prolongado de la acción lo va debilitando y manda, con toda oportunidad, que el general Figueroa, coronando la altura de nuestro lado con las fuerzas de su mando y provisto de un cañón rayado ocupe una loma muy tendida, para proteger al segundo. El cañón de Figueroa, disparado de veinte en veinte metros y su fusilería hacen muchos huecos en las filas enemigas y para coronar la obra ordena el general en jefe que el batallón de Cazadores (antes Octavo) entre a reforzar al Segundo de Oaxaca que heroicamente se sigue sosteniendo. Como una avalancha cae sobre el enemigo el Cazadores animando y reforzando al Segundo que hace vivo, nutrido y activísimo su fuego, y minutos después se ve flaquear a los valientes batallones del dieciocho y diecinueve del Gobierno; cunde el desaliento entre ellos y caen en nuestro poder los primeros prisioneros de aquella jornada, sonriendo la victoria al ya legendario: "Héroe del dos de abril y Carbonera".

En aquellos momentos se desarrolla un incidente por demás cómico, al que si le doy aquí cabida, es para demostrar la suspicacia de nuestro jefe.

Un sargento de los nuestros, ayudado de un piquete de soldados, trae desde el sitio del combate un grupo de los prisioneros tomados al enemigo para presentarlos al señor general Díaz; en el trayecto del camino que tuvo que recorrer para llegar donde el general estaba, tropieza el sargento con un amigo nuestro que alli no tenía ningún mando de fuerza y quiere éste vestir plumas de pavo haciendo creer al señor Díaz que él los ha capturado: llega majestuosamente hasta la presencia del jefe supremo y le dice estas palabras:

"Mi general!!! Aquí traigo estos prisioneros!!!"

'Una sonrisa burlona se esboza en los labios del señor general Díaz, quien irónicamente responde:

"¡¡ Buen trofeo... déjemelos aquí y váyame a traer otros!!"

Ignoraba aquel candoroso sujeto que la mirada de águila del general Díaz y sus brújulas semejantes a los ojos de Argos se habían dado perfecta cuenta de aquel infantil y burdo escamoteo.

En tanto el combate en las lomas, cañada y llano, tomaba un aspecto desesperado y trágico; el enemigo a pesar de los prisioneros tomados no cejaba, antes con grandes esfuerzos procuraba rehacerse.

De prolongarse aquella situación la victoria de un bando u otro debía exigir un gran derramamiento de sangre.

El Segundo de Oaxaca, que fué el que más se batió en aquella jornada, así como los otros cuerpos enviados a reforzarle y protegerle, habían sido municionados por cinco veces consecutivas, y a pesar de lo prolongado de la acción, el fuego no disminuía.

Una terrible ansiedad embargaba el ánimo de los lerdistas y porfiristas.

De una parte los primeros esperaban el refuerzo de Alonso, que como ya dije, había quedado de reserva en Apizaco, y los segundos confiaban en el oportuno auxilio del general González, que a marchas forzadas debía aparecer de un momento a otro en el campo de combate.



#### ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Era un albur tremendo el que en aquellos momento se jugaba, porque de la presentación oportuna de un refuerzo u otro, dependía el éxito, la salvación, el triunfo, el porvenir de la nación, en suma.

11 Sólo el caudillo, rígido, austero, incommovible, exploraba con sus anteojos de campaña las azuladas lejanías, como interrogando al destino, encerrado en un desesperante mutismo!!

De improviso el general en jefe se vuelve hacia mí y me da esta orden categórica:

"Suba usted a la hacienda de San Buenaventura y diga al jefe que allí estuviere, que vigile los caminos de Apizaco y Piedras Negras, y que me mande aviso de todo lo que observe".

Azuzo a mi caballo, ya casi rendido, y con la violencia que el caso requería, me dirijo a la hacienda antedicha, encontrando en la torre de la iglesia a los generales Couttolenc, Tarbe e Ignacio Vázquez; desde abajo comunico la orden al primero de los antedichos y obtengo por inmediata contestación esta respuesta:

"Diga usted al general en jefe que muy lejos, saliendo del monte al llano, se descubre, por el camino de Piedras Negras, una gran polvareda sin que quepa duda alguna de que es una fuerza la que avanza... que opine y disponga".

Regreso a comunicar el aviso al señor general Díaz y éste me ordena nuevamente diga a Couttolenc "que envíe persona de confianza a reconocer y cerciorarse qué fuerza es la que avanza".

Cumplo mi comisión y Couttolenc me responde:

"Nadie mejor que usted para llevar a buen término la orden del general en jefe".

En el transcurso del tiempo empleado por mí en comunicar los avisos antedichos, las fuerzas incógnitas han avanzado demasiado y con fundados temores de que la columna que voy a avistar sea la enemiga, salida de Apizaco, sigo mi marcha de frente...

No tengo que caminar mucho para cerciorarme, con inmenso júbilo, de que es el general González quien avanza a nuestro encuentro y auxilio.

Me presento al jefe de la columna y sobre la marcha me pregunta: qué puntos son los ocupados por el enemigo, a lo que contesto que: el grueso de sus fuerzas está en el llano y que una parte de ellas ocupa, como altura dominante, el cerro de Tecoac, que desde luego le señalo.

"Regrese usted inmediatamente y diga al general en jefe que voy a dar una carga brusca y cerrada a la retaguardia del enemigo, seguro de arrojarlo al llano, y que ya ante él se encargarán las caballerías de consumar la derrota".

Para comunicar aquella grande y agradabilisima noticia tuve que hacer un largo rodeo, porque el camino más corto estaba cubierto por el enemigo, pero quiso mi buena suerte que llegase a nuestro campamento antes de que el general González verificase el movimiento anunciado.

Son las tres y media de la tarde... jadeante y sudoroso comunico al jefe supremo de la causa la gran noticia, que éste recibe con una sonrisa de satisfacción.

En aquellos momentos de muda solemnidad va a decidirse del "Plan de Tuxtepec", de los anhelos de sus aliados, de la sangre de sus mártires, de los infinitos desvelos, de los días sin pan, de las soñadas recompensas, de la salvación del país



sumido en la anarquía, y de los once meses de escaramuzas, campañas y heroicos e inenarrables sacrificios.

El enemigo se ha dado cuenta del refuerzo que viene, pero como trajo el camino que debieron seguir los suyos, y como además toma su retaguardia, juzga confiadamente que la hora del triunfo se acerca, y se eyen en sus filas gritos de entusiasmo y manifestaciones de júbilo, que pronto, muy pronto, se convertirán en rubores y blasfemias de derrota.

En tanto el general Díaz, mudo e inalterable, como la esfinge egipcia, explora grave y sereno, con sus catalejos, las abruptas sinuosidades del cerro de Tecoac; explora, sin que un solo músculo de su fisonomía se contraiga.

Son las tres y cuarenta minutos de la tarde.

¡¡Una formidable descarga de fusilería acompañada de gritos y entrecortadas exclamaciones, así como una sonora e importante salva de fuego de cañón, indican que el general González, cumpliendo su magnífica promesa, ha sorprendido la retaguardia del enemigo!!

La carga es brusca, terrible, aterradora; transcurren unos cuantos minutos y de repente la impasible fisonomía del general en jefe se anima y resplandece de júbilo; asesta por un momento las brújulas al campo de combate y con robusta, con estentórea voz en la que vibra la alegría, grita a los que le rodeamos: ¡¡Victoria...

La victoria es muestra!! ¡¡¡ Ha dado media vuelta el enemigo!!!

En efecto, como perseguidos por una legión de demonios, como a la súbita aparición de la bestia del Apocalipsis bajan, bajan en trágico desorden las abruptas sinuosidades del cerro de Tecoac las fuerzas lerdistas que ya nada esperan, que en nada confían, y que sólo en la fuga loca, interminable, creen encontrar una segura salvación...

¡¡Como la chispa eléctrica, cunde el terror pánico en los que aún ocupan y defienden el llano; primero en columna, luego en pelotones, más tarde en grupos y por último a la desbandada huyen en todas direcciones las fuerzas contrarias, como si la espada flamígera del ángel paradisíaco tratara de fulminarlos!!

El señor general Díaz ve huir aquel rebaño de aterrorizados; comprende la preciosa oportunidad que hay de concluir con ellos, o por lo menos de aumentar el número de prisioneros, y en esa virtud, ordena al general Couttolenc que baje al llano con las caballerías en persecución del enemigo.

Obedeciendo esta orden el señor Couttolenc se desprende y le acompañamos el coronel Gregorio Nava, dos de sus ayudantes y el que esto escribe.

Avanzamos sobre el enemigo, rumbo a Huamantla, cuando algunas granadas estallan de improviso a nuestra retaguardia.

Sorpréndese el general Couttolenc de aquel inesperado aviso, y su admiración sube de punto, cuando localizando la dirección de los disparos ve que el fuego nos viene indudablemente del lugar preciso que ocupa el general en jefe.

Entonces yo, que por fortuna conozco al general Díaz y que sé lo celoso que es de que sus órdenes se cumplan fielmente, le dije a Couttolenc, para aclarar aquel enigma:

"El fuego de granada que estamos recibiendo lo hace el señor general Díaz en persona, o cuando menos bajo su vigilancia: esto significa que nos están observando



#### ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ-

con sus anteojos y que ve que en lugar de activar, como debía ser, la persecución del enemigo vamos pacientemente y sólo al tranco de los caballos".

"¡¡Imposible!!", replica Couttolenc: ¿Cómo el general en jefe ha de disparar sobre los suyos?"

"Pues si usted lo duda nada le cuesta convencerse", vuelvo a argüirle. "Mande usted un ayudante antes que se nos haga un fuego activo, y verá cómo la respuesta del jefe coincide con lo que le estoy diciendo".

Couttolenc despacha a su ayudante, Manuel Cabrera, diciéndole que indique al general Díaz que su fuego de cañón nos perjudica.

Cu regresa el ayudante trae como confirmación de mi dicho esta enérgica respuesta:

"Dice el general en jefe que él no se equivoca; que lo que quière es que avance sobre el enemigo que va en huida".

Convencido Couttolenc activa la persecución de los fugitivos, pero esto resulta tardío, han avanzado demasiado, nos llevan una gran delantera y cuando llegamos a Huamantía, a la hora en que el victorioso sol de Tecoac agoniza en su lecho de púrpuras del ocaso, sólo una parte de nuestras caballerías persigue hasta el pueblo de Ixtengo a los fugitivos, cesando ahí de sacerlo, porque ya ha anochecido por completo y porque el rebaño de fugitivos, sin orden, ni disciplina, se ha dispersado por completo, como una bandada de pájaros aterrorizados.

Nosotros pernoctamos en Huamantla.

"El héroe de Tecoac", enamorado del lugar de su victoria, no abandona el campo de combate y duerme ahí Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha.

Sí, ahí permanece erguido y victorioso levantando su campo, alentando a los heridos y a los moribundos; haciendo firmes cálculos sobre el alcance de la derrota de los lerdistas, que más que una derrota es un desastre; contemplando con legítimo orgullo cómo Alatorre, su discípulo de anteriores campañas y revoluciones, huye, huye a uña de caballo seguido de su estado mayor y de una escolta del Sexto arrepentido quizá de haber medido sus armas con las del caudillo victorioso, y dejando como prueba de su completa derrota más de mil prisioneros, entre los que descuellan las áureas charreteras del prisionero general Topete.

Sí, así queda, soberbio y magnífico Díaz, el que hizo huir a los franceses en Puebla; el que venció a los austríacos y belgas en Carbonera y San Lorenzo; el que admiró al mundo en su asalto y toma de Puebla; el que acaudilló el Plan de Tuxtepec; el perseguido y prisionero en Tampico y Veracruz y el entonces triunfante jefe de la espléndida epopeya de "Tecoac" iluminado por los últimos soberbios oros del moribundo sol de aquella tarde.

Así queda para atender al general Manuel González, herido en el muñón del brazo derecho por una bala enemiga; a ese León de Nemea, que dió una admirabilísima lección de estrategia al contrario, porque al pasar por Apizaco supo, destacando un grupo de doscientos hombres, engañar con un falso ataque, a los dos mil quinientos soldados del general Alonso, que ahí se entretuvieron, mientras el glorioso inválido caía como una avalancha a la retaguardia de Alatorre.

Sí, ahí queda el caudillo aureolado ya por una gloria definitiva, y su clarividencia comprende que ha tocado la meta que ha llegado al epílogo de la obra, por-



que con los vencidos y los indiferentes y los incrédulos y los acomodaticios y todos en suma, viéndole vencedor no osarán interceptarle el paso!!

En efecto, "La batalla de Tecoac" fué el clavo de oro de aquella revolución Regeneradora; los hechos supervivientes pueden calificarse de paseo militar, como las entradas a Puebla y México y la gira al interior del país.

La República, ávida de paz, necesitaba un hombre del temple extraordinario de Porfirio Díaz y una vez encontrado éste, ya nada tenía que le preocupase!!!

#### EPILOGO

El viernes diecisiete de noviembre fui despachado a Guanajuato, residencia en aquel entonces del señor don José María Iglesias, al desempeño de una comisión de carácter secreto.

Llevaba cartas del licenciado don Joaquín Alcalde, libertado ya de su cautiverio de Tepeaca, y testigo presencial de la víspera, para el referido señor Iglesias. Aquel día sólo pude llegar a la hacienda de la Luz, el dieciocho arribé a Texcoco, recibiendo ahí noticias ciertas de que en México había una leva escandalosa, razón por la que tomé mis precauciones para no caer en poder de los contrarios, ni ser fácilmente reconocido. Informóseme también que por fortuna había en Texcoco un guayín de alquiler, y contratándolo en la suma de ocho pesos, salí de aquella población el diecinueve a las seis de la mañana.

Al pasar por Santa Marta me encontré con cosa de sesenta caballos ensillados y encadenados, puestos a la vigilancia de unos cuantos rurales, en quienes inmediatamente reconocí los del Sexto Cuerpo que mandaba Villagrán, quien escoltando al fugitivo general Alatorre, y en compañía suya, almorzaba en el portal de la próxima venta, lo mismo que el resto de la escolta.

Mucho temí que parando el guayín me hicieran prisionero, pero afortunadamente no se me interceptó el paso, por lo que tomándoles la delantera llegué a la capital a las diez de la mañana de aquel día.

Una vez en nuestra hoy populosísima urbe, me dirigí desde luego a la casa del señor licenciado Alcalde, sita en la calle de Santa Teresa número cuatro, encontrando en ella a la señora hermana del abogado, a la que después de haberme dado a conocer, me manifestó que aquella casa estaba constantemente vigilada por la policía secreta y que de salir sería yo inmediatamente aprehendido; razón por la que se propuso mandar llamar a su hermana política, esposa del señor Alcalde, así como a las demás personas que fuese necesario que hablaran conmigo para evitar cualquier tropiezo en mi comisión.

Acepté de buen grado y poco después ocurrió a verme la señora Laura Mantecón de González, con sus dos jóvenes hijos, don Fernando y don Manuel; el primero actualmente general de brigada y gobernador del Estado de México, y el segundo coronel de ingenieros.

Preguntándome por su esposo, el general González, héroe de la batalla de Tecoac, me vi obligado a manifestarle que estaba levemente herido, a fin de no alarmarla; por lo que en el acto dispuso tomar el tren a ir inmediatamente a Huamantla a cerciorarse del estado de su esposo; quiso aquella dama que la acompafiase, honor que decliné, manifestándole que me sería honroso hacerlo pero que



## ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

no podía en virtud de tener que salir desde luego a desempeñar una comisión al interior de la República.

Poco después se presentaron a mi alojamiento el señor ganeral Cadena, la señora esposa del general Couttolenc y otras varias personas que como amigos de los "Porfiristas" me iban siendo presentadas por la dueña de la casa.

Ansiosamente me exigían detalles de la derrota de Tecoac, y al oírlos, todos los semblantes de mis interlocutores denotaban la intima satisfacción que les producía saber el completo aniquilamiento de los de Alatorre.

Este jefe vencido hizo su entrada a la metrópoli ese mismo día entre once y doce de la mañana.

A las diez de la noche la señora esposa del licenciado Alcalde, la hermana del mismo, y el general Cadena fueron a dejarme en su carruaje a la casa de Diligencias con rumbo a Tula, en cuya casa pernocté, saliendo al día siguiente.

El veintiuno de noviembre pernocté en Querétaro; el veintidós permanecí en aquella ciudad y el veintitrés proseguí mi marcha a Guanajuato encontrándome entre Apasco y Celaya al general don Felipe Berriozábal, entonces ministro de Guerra en el Gobierno del señor Iglesias. Iba dicho jefe con su estado mayor en una diligencia, y a nuestro encuentro me di a conocer como correo de gabinete o portapliegos del cuartel general de Oriente.

Hízome varias preguntas, a las que contesté categóricamente, y demostró gran alegría al saber la derrota de Tecoac. Díjome luego que siguiera mi camino a Guanajuato, en donde encontraría al señor Iglesias; y finalmente me preguntó mi nombre, que en mi presencia apuntó en su cartera.

El día veinticinco arribé a Guanajuato, punto final de mi destino, y a las dos de la tarde me presenté en la casa del señor Iglesias entregándole personalmente las cartas y pliegos que para él llevaba. Larga y detenida fué la entrevista que celebramos, tratándose en ella muy especialmente de lo de Tecoac, y al fin de ella me indicó que permaneciese a su lado mientras me daba una resolución definitiva.

Hora y media después, con música, repique a vuelo y salvas de artillería, solemnizaba el Gobierno de Iglesias el triunfo de los "porfiristas" en Tecoac...!!!

Tres días después, el veintisiete, el señor Iglesias, con todo su séquito, acompañado del que esto cuenta, salió en diligencia de Guanajuato con firme resolución de pernoctar aquel día en Querétaro.

No logró cumplir su propósito porque en Celaya se le esperaba con una gran recepción, que remató en un espléndido baile.

A la hora en que se celebraba aquel sarao debe haber recibido el señor Iglesias alguna desagradable noticia, porque ya de noche me mandó llamar urgentemente a la casa en que se le agasajaba, y en cuanto anunció mi llegada el señor don Wenceslao Rubio, separándose de la sala de baile, me hizo pasar a una pieza contigua y en presencia de los generales Berriozábal y Antillón comenzó a "catequizarme" haciéndeme minuciosísimas preguntas sobre la ya tan detallada derrota de Tecoac; sobre la importancia del papel que representó, y seguía representando, el licenciado Alcalde, y por último, sobre las consideraciones que aquél abogado recibía del señor general Díaz.

Satisfice en cuanto debí y pude su curiosidad y acabé por decirle que el señor



Alcalde estaba siempre al lado del señor general Díaz, bastante considerado a mi juicio y que cuando esto no era así, lo veía siempre con el señor Curiel.

No pudiendo ocultar aquellos tres personajes un verdadero desaliento al escuchar mis últimas palabras, y cuando pedí permiso para retirarme, sin que ya nada me preguntaran, era perfectamente visible su desconsuelo.

Aquel sarao terminó a las dos de la madrugada; a las seis de la mañana salimos para Querétaro, a donde llegamos a las once y media de la misma, siendo detenidos por otra gran recepción en la que pude notar que mis tres entrevistados de la noche anterior estaban todavía más desalentados.

Intrigóme aquella funeral tristeza y de cuenta propia emprendí mis investigaciones, solucionando aquel enigma la noticia de que el señor general Díaz, glorioso y triunfante, había tomado ya posesión de la capital de la República.

Entonces pude explicarme claramente el completo desaliento de los "iglesistas", y comprendiendo la inoportunidad de mi presencia entre tales personas y en tal sitio, lié la maleta y a las tres de la tarde de aquel mismo día, y sin decir "oste ni moste" salí de Querétaro como pude; pasé más tarde por San Juan del Río ocupado por el octavo de caballería que era "iglesista", en cuerpo y alma; en Tula encontré algunas fuerzas al mando de Arteaga y en Tlalnepantla me hallé entre los míos, es decir, entre la división que mandaba el general Tolentino.

El primero de diciembre de mil ochocientos setenta y seis, a las diez de la mañana, penetraba al Palacio Nacional de México, para rendir cuenta de mi comisión al señor general Díaz.

Conferenciaba en aquellos momentos con los señores generales Fidencio Hernández y Luis Mier y Terán y solicitando permiso, el caudillo me recibió en cámara separada escuchando la sucinta relación de todo lo que me había acontecido, así como la del número de fuerzas que traía Iglesias.

Dióme sinceras y expresivas gracias, ordenándome que marchara a Puebla, de la que ya era gobernador interino el general Couttolenc, y comprendiendo a mi vez que mi escasa misión había terminado, me despedí del hombre extraordinario, resuelto a volver a la tranquila vida del hogar, pero satisfecho de haber contribuido con mi grano de arena a la realización de aquella magna obra que puso en el lugar merecido al que glorioso, inconmovible y fuerte, ha hecho, en un tercio de siglo, de México, nuestra Patria adorada, uno de los pueblos más grandes, más culto y de más risueño porvenir sobre la superficie de la tierra!!!

#### FIN

Lista de algunos jefes y oficiales supervivientes que laboraron en la "Revolución"

Tuxtepecana" con relación de sus empleos y residencias

Generales: Mucio Martínez, gobernador constitucional de Puebla y Juan Hernández, residente en San Felipe Maderas.

Brigadieres: Ramón Ricoy, jefe del primer batallón de infantería; Salvador de los Monteros, jefe del primer regimiento e Higinio Aguilar.

Coroneles: Guadalupe Tlapale, ya en retiro y con residencia en Puebla; Gaudencio G. Llave, en comisión en Puebla y Javier Rojas, jefe del Cuerpo Irreglar Auxiliar del Ejército.



Tenientes coroneles: Antonio Camarillo, miembro del Consejo de Guerra en Puebla y Miguel Peralta, en depósito y residente en Izúcar de Matamoros.

Mayores: José de Jesús Ricardo, celador en el Hospicio de Puebla; Abelino Hernández, en receso, con domicilio en Atlixco y Miguel Muñoz, diputado al Congreso de Puebla.

Mayor de infantería: Celestino Pérez, asimilado al Cuerpo Irreguar Auxiliar del Ejército.

Capitanes: Manuel Cabrera, jubilado en Puebla por el Gobierno; Antonio Rojas, en depósito y con residencia en Izúcar de Matamoros y José M. Lezama, residente en el pueblo de Xoxtla, distrito de Cholula.

Tenientes: Vicente Lezama, en servicio en el Cuerpo Irregular del Ejército y José M. Castillo, comisionado en la séptima zona.

Subtenientes: Tomás Orozco, en receso y residente en Izúcar de Matamoros y Esteban Cruz, del batallón de Tepexi, residente en San José de Gracia, distrito de Tepexi.

Doctor: Francisco Martínez Baca, médico militar, hoy director de la Penitenciaría del Distrito Federal.

Licenciado: J. Rafael Izunza, hoy presidente del colegio del Estado de Puebla.